IZQUIERDA REPUBLICANA

ÑO VIII | Oficinas: S. Juan de Letrán 80 piso 4 | Mexico, D. F., OCTUBRE-NOVIEMBRE de 1950 | Registrado como artículo de segunda clase en la Administración Central de Correos de México, D. F., el 19 de abril de 1948. | NUM. 65-66

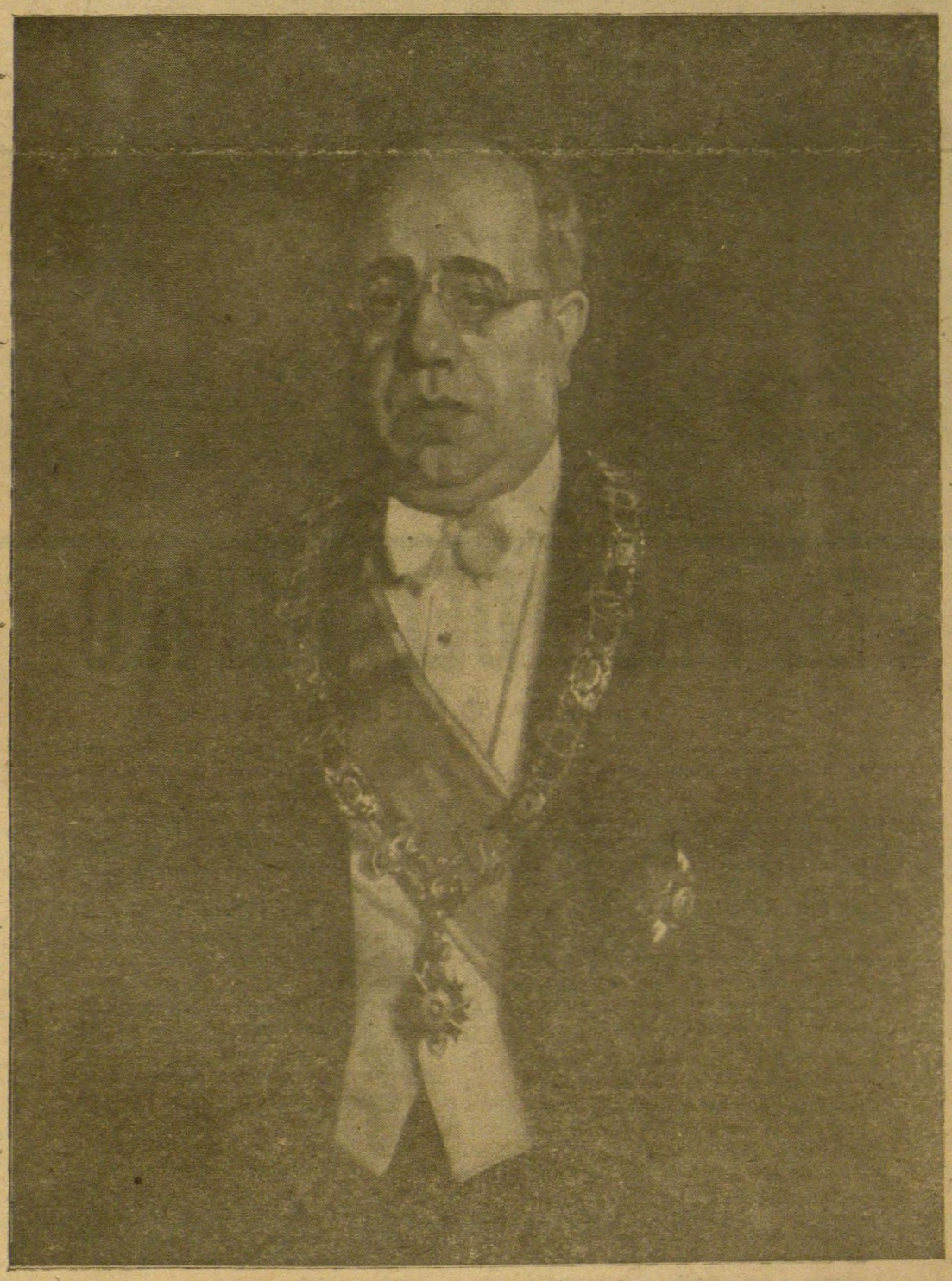
IZQUIERDA REPUBLICANA RECUERDA CON EMOCION A DON MANUEL AZAÑA

EN EL DECIMO ANIVERSARIO DE SU MUERTE

COMO la luz resplandeciente de un meteoro pasa por la vida política española la ecia personalidad de un hombre ue ha reveleda la República: Manuel Azaña. Apenas si es conocido or el pueblo ,aunque él conoce mo pocos a su patria. Es español e abolengo y es patriota de corazón, por arraigadas convicciones y orque así se lo dicta su conciencia de castellano austero, sobrío, elegante y puro. Azaña da a la vida olítica española una tónica y seala un camino que con el tiempo haría del régimen republicano a consustancialidad de todo español. Esto es un peligro para la reacción que desde los primeros instantes advierte en el nuevo político unas condiciones excepcionales, por eso lo combaten con saña feroz y por eso lo insultan y lo viperan con toda clase de adjetivos, egando hasta lo más vergonzoso, orque para la reacción, en España en el mundo, no hay barreras, ni rtapisas, ni limitaciones en el ataque procaz. El fin justifica los medios. La calumnia es una de sus ejores armas.

Con Azaña España empieza a ter un estilo, y aparte de la honrez en los procedimientos y la éti en la acción, busca en la tradición y el alma española una continuidad, ensamblando el ayer glorioso con el hoy desventurado. Piensa el gobernante que nada hay mejor ara un pueblo que enseñarle a ser ueblo, y su pensamiento y su afán exponer claramente las necesidades y los deberes, los sacrificios las obligaciones a que se debe da ciudadano cuando se emprende el camino de la reivindicación la grandeza. En España hay una tera inagotable de sacrificio, de oral, de buen sentido y de pudor. ero en la hora que la República ega a España le falta pulso y tiene su sentimiento perdido. Tantos lores y tantas miserias han convertido al pueblo en un paria de historia y de sí mismo. En aquella hora, como en la hora actual, spaña se ha perdido en los laberintos de su indolencia y se debate impotente entre sus miserias y s lágrimas. Orgulloso y abúlico, r filosofía y herencia ve pasar s cosas con trágico desdén en espera de un despertar heroico, desgarador y sangriento. Azaña evita en patria el tormento de una explosión que empezaba a estallar. Y r evitar una catástrofe, la reacción, los plutócratas, el militarismo, el capitalismo, todas las fuerzas negras se conjuran contra él, e era la más genuina representación del orden en una República que había nacido apenas.

La vida política fugaz de don Manual Azaña está llena de triunfos estruendosos pero también, y este es su dolor, está llena de desengaños, amarguras y tristezas. El, que lo fué todo, también es un reo, acusado del peor delito. Y es vejado escarnecido, insultado y encarcelado a poco de dejar la Presidencia del Consejo de Ministros. Y por la propia República. Vuelva España a caer en el abismo de unas tinieblas bochornosas entre unos hombres sin tino y sin moral, mas acostumbrados a la farándula que ha sentir el íntimo pensamiento de la patria. Vuelve España sobre sus pasos desgraciados de abandono, de incomprensión y de inconsciencia. Y es Azaña nuevamente quien evita el desbordamiento y la tragedia. Cuando se le entrega el Poder, después de las elecciones del 36, el país es un volcán hirviente que amenaza arrollarlo todo. Un hombre como él es una garantía, y también una amenaza. La garantía está en su personalidad, en su entereza, en su inteligencia, en su serenidad; la amenaza está en los enemigos de la República. El destino nos lleva a todos los republicanos a cometer un error: su elección como Jefe de Estado. En aquellas circunstancias no era aquel su puesto, por eso lo votaron casi unánimemente las derechas reaccionarias. Había que apartarlo, arrinconarlo, inmovilizarlo. Y de esto tuvimos nosotros la culpa. Nadie supo ver el momento de Europa, nadie fué avisado de lo que estaba sucediendo más allá de los Pirineos; encerrados en nosotros mismos, ciegos por nuestro triunfo desbordante, con la lucidez embotada y el pensamiento perdido nos olvidamos del peligro por correr tras la suerte. Nos ahogamos en nuestro optimismo estúpido y nos creímos firmes y seguros con la algarabía de nuestra escandalosa alegría. Posiblemente con Azaña vigilante en el Gobierno, el 18 de julio no hubiera sido más que el 10 de agosto. La agitación y la incertidumbre llevaban rumbos equivocados, en unos y en otros, y al desembocar en el trance del encuentro criminal, España se destrozó, destruyendo su destino, haciendo trizas el porvenir espléndido que le deparó la fortuna de un instante. Entre charcos de sangre, ríos de lágrimas y lamentos desgarradores el mundo nos sorprendió en una lucha que ha traído, porque otra cosa no podía traer, la situación más espantosa en que España se ha encontrado desde que se dió vida como nación. Aquel hermoso pueblo que era la admiración del mundo y el orgullo de una raza es hoy una triste manada de parias, hambrientos y desventurados, que causan lástima y conmiseración en el ámbito universal. Antes, el ser español era una cosa muy seria; hoy, ser español es una cosa bien triste.



Azaña muere de dolor y de vergüenza. Su sentimiento estalla en sollozos cuando contempla el éxodo de los que ya no tienen patria y es mayor su angustia al ver hecha realidad las profecías siniestras que en sus famosos discursos de los años de guerra lanzó al mundo como advertencia de lo que inexorablemente tendría que suceder. Cuando sus restos los cubre la tierra de un pueblecito francés apenas si ese mundo puede enterarse que ha desaparecido uno de los políticos más grandes de este siglo.

Ayer, hoy y mañana la tumba de Azaña es como un santuario en el que convergen el pensamiento y la intención de los corazones que todavía palpitan por una idea y una esperanza. En este mismo instante, en aquel rincón apacible, oculto y perfumado del cementerio de Montauban todas las flores de los jardines de España, llenas de color radiante y de embriagadores aromas suspiran, y su rocío es su llanto, por cubrir la losa fría del Presidente Azaña. Y el recuerdo de los españoles, nuestro recuerdo encendido y perdurable, allí está, estrechamente unido con el espíritu eterno de nuestra España inmortal.

CLEMENTE CRUZADO

TUMBAS EN EL DESTIERRO

Azaña en Montauban

ESTA emigración que parece inacabable no es, sin embargo, más larga que otras emigraciones políticas españolas. Durante décadas, muchos españoles, derrotados en las guerras civiles o en las revoluciones fracasadas, tuvieron que elegir entre el cementerio y la frontera. Y no pocos, para no encontrar detrás de la frontera sino una tumba. El Pirineo y el Atlántico han sido los dos grandes caminos del éxodo para millares y millares de españoles.

Las tumbas de América, en el vasto continente que es todavía una esperanza del mundo, en tierra joven y que es el posible campo de la resurrección de España, tienen menos pátina, exhalan menos tristeza que las tumbas de Francia. Estas, tan próximas a la frontera, parecen más lejanas, inspiran la nostalgia y la melancolía de un marchito panorama histórico. El dolor de la patria, empero, se siente más cerca, y los muertos por ella nos desgarran más las carnes y el alma. La tragedia todavía se oye, y se asiste al morir de sus ráfagas entre los cipreses impasibles. La tragedia que se ha tornado sorda, agotado el estruendo en medio de la indiferencia del mundo.

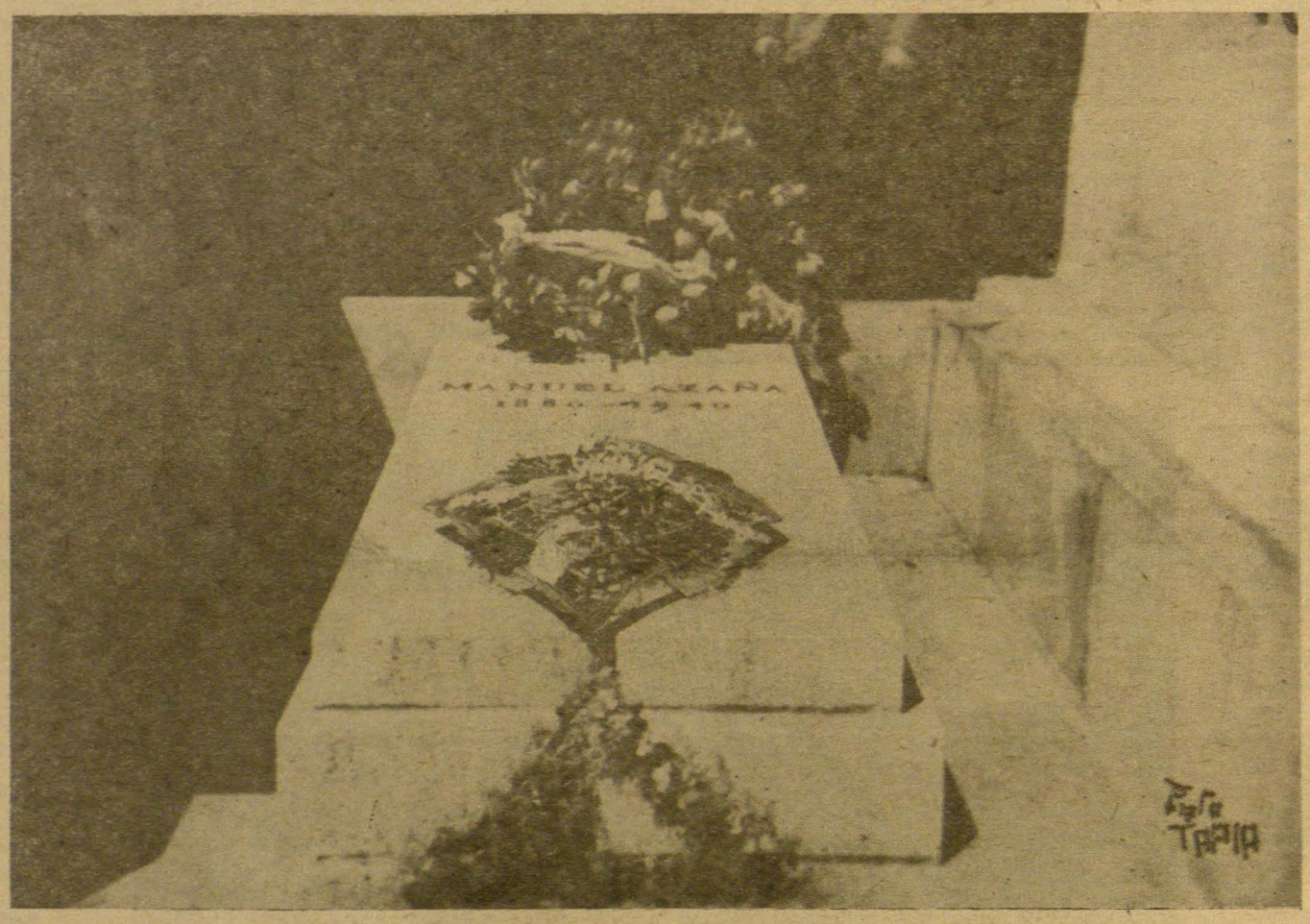
Además, en Francia, con ser en este país la emigración tan numerosa, nuestros muertos están más solos, más aislados. En Tolosa, al lado de Pepín Díaz Fernández, el ilustre Marcelino Domingo; el gran Antonio Machado, lejos, al borde del camino del éxodo; en París, en el Père Lachaise, el insigne Largo Caballero, cerca del Muro de los Federados, él también irreductible en su rebeldía. Y Azaña en Montauban, en fecunda y gloriosa tierra, entre Cahors, donde nació Gambetta, el genio de la República, y Albi, donde nació Jaurés, el genio del socialismo humanista.

El destino de Azaña es, en medio de la adversa suerte que corrieron todos los hombres de la República, el más patético. Surgió como una revelación: Ministro, Presidente del Consejo, Presidente de la República... Fué una de las revelaciones más espléndidas de la España contemporánea. Tenía una concepción política grandiosa y un estilo fino, todo nobleza y pulcritud. Su concepción política respondía a un profundo conocimiento de la historia de su país, y su estilo a la clara estirpe castellana de su temperamento y de su carácter. Lejos de ser un revolucionario peligroso —él, que abominaba de la violencia —era un conservador en el más alto sentido de la palabra, y hubiera podido ser —de modo muy diferente que Cánovas— el gran restaurador de la sociedad española. Sus ideas —españolísimas y expuestas en el español más castizo— chocaban con la desespañolizada y embrutecida reacción española. Pero el choque tremendo fué el de su sensibilidad con la chabacanería ambiente. Jamás en ningún pueblo ni en ninguna época de la historia se desató contra el espíritu una violencia como la de que fué objeto Azaña. De un lado, pura lucidez; de otro, lo más salvaje de la pasión. Al término de la guerra, tras el inmortal discurso del "Consejo de Ciento" de Barcelona —¡Paz. Piedad, Perdón!— Azaña salió con la sensibilidad rota. Y de eso murió. Se rompió al estallarle, en el supremo dolor moral, todas las cuerdas del alma.

Y ahora duerme en Montauban. Otro gran español, Salmerón, murió en Pau, las ventanas de la estancia abiertas sobre el Pirineo, diciendo: ¡pobre España! Los precursores suelen morir así, la conciencia tranquila y el corazón sin odio, transidos de piedad y de misericordia. ¡Paz de Montauban, silencio augusto de Montauban! Al menos, desde allí no se oyen las querellas en que la emigración se deshace, ni se contempla, claudicante, renqueante, el paso del convoy fúnebre hacia los caminos más o menos fáciles que se ofrecen a los cansados, a los desilusionados...

París, 1950

ALVARO de ALBORNOZ



TUMBA DE DON MANUEL AZAÑA EN EL CEMENTERIO DE MONTAUBAN

EL PASO DEL TIEMPO

Por MARIANO RUIZ-FUNES

EL decenio de Historia que sigue a la muerte de Azaña lo abre una guerra y lo cierran los prodromos de otra. El Presidente fué la víctima dolorosa y patética de los comienzos de una conflagración universal. El mundo no ha encontrado la paz, ni la esperanza de lograrla permite un fundamento próximo. Esta es la era de las destrucciones.

Azaña fué un constructor. Se encontró con un régimen nuevo dentro de un proceso histórico hostil. Pesaban sobre España los malos frutos de una monarquía que se suicidó y de su última etapa, una dictadura, estéril como todas, y de plazo más o menos largo, pero fatalmente condenada al fracaso. Los dictadores no tienen nunca sucesión normal y son un gérmen de nihilismo de la catástrofe. Azaña tenía un sentido creador y reformador. Como el hombre suele ser un animal estacionario, que prefiere estar pausadamente mal a realizar un esfuerzo que le permita encontrarse mejor, Azaña suscitó contra sí un odio terrible, el premio que reservan las malas tradiciones y los peores privilegios a quienes quieren emprender la higiénica tarea de aniquilarlos.

Se entronizaba en el mundo de Azaña, y en nuestro mundo, como un producto de la guerra del catorce, el imperio de las creencias y la decadencia de las ideas. Es una conquista impuesta por el predominio de las masas a las que es más fácil conducir que convencer. Una gran pasión, una creencia irracional, una mentira poderosa, tienen más fuerza colectiva que una idea, por clara y humilde que sea. Arrastran a creer y ahorran el esfuerzo, siempre penoso, de discurrir.

Se inició en España uno de los episodios más crueles y más odiosos de la lucha que asolaba al mundo. Interesaba mantener por todos los medios unos privilegios, combinándolos con la ayuda a determinados regímenes que preparaban la guerra grande.

Azaña declaró, se conocía bien, que no quería presidir una guerra civil, invitando a los españoles a la concordia, antes de que un grupo de ellos se lanzaran a una empresa fratricida. Presidió la guerra, con altura, con generosidad y con angustia. La guerra española no ha terminado. Los victimarios no tienen aptitud moral ni intelectual para la empresa difícil de administrar esa victoria. Su tarea fué otra: aniquilar a unos españoles. Franco lo había dicho en 29 de julio de 1936 (doce días después de comenzada la lucha con su traición), "estoy dispuesto a pasar por las armas a media España para conseguir mi propósito". Su propósito, ¡da rubor enunciarlo!, era servir a la Italia fascista y a la Alemania hitleriana. En el "Diario" de Ciano, el Ministro de Estado italiano afirma que Mussolini consideraba a Franco "como un subordinado suyo". El Departamento de Estado de Washington acaba de ofrecer al público la prueba del mandato alemán que secundaba el felón español.

Es difícil concebir un diálogo entre Franco y Azaña. Tenía el Presidente una hechura moral de tal altivez y limpieza que las veces que le ofreciera su mano de prócer castellano al Dictador de sangre fría, insidioso y ofidio, sentiría náuseas. El alma patética, reprimida por el decoro, había de sentir una repugnancia invencible ante aquel tirano pérfido que no tenía "el corazón de un español", recordando el verso de Victor Hugo.

Estamos en una encrucijada de la historia y sólo los profetas pueden prevenir cuál será la salida, con el coeficiente de error que es obligado en las profecías. Quizá esta circunstancia purifique el hecho insólito de que se tiendan al generalísimo las manos de los demócratas que ganaron la guerra.

Franco, que recibió los abrazos de Hitler y Mussolini, está dispuesto a estrecharlas. Si entregó a su patria, ¿a quién va ya a guardar fidelidad?

El paso del tiempo nos ha enseñado a los españoles muchas cosas ignominosas y amargas. Al evocar hoy, siempre, el recuerdo de Azaña nos parece como un oasis de limpieza, de decoro, de alto temple moral, un hidalgo en un mundo de rufianes.

EL LO FUE TODO EN LA REPUBLICA

¡AZAÑA! Literato, crítico y escritor, orador, parlamentario y polemista, político, revolucionario y conductor de pueblos, gobernante y hombre de Estado... Todo lo ha sido ¡y en qué escala! Con este hombre ejemplar se incumple la norma de que la Historia agiganta a los hombres superiores. La Historia unas veces hace a los hombres; los hombres hacen la Historia otras. Por mucho que la Historia hable de Azaña quedará por debajo de lo que Azaña era; por mucho que la Historia calle, Azaña flotará sobre ella.

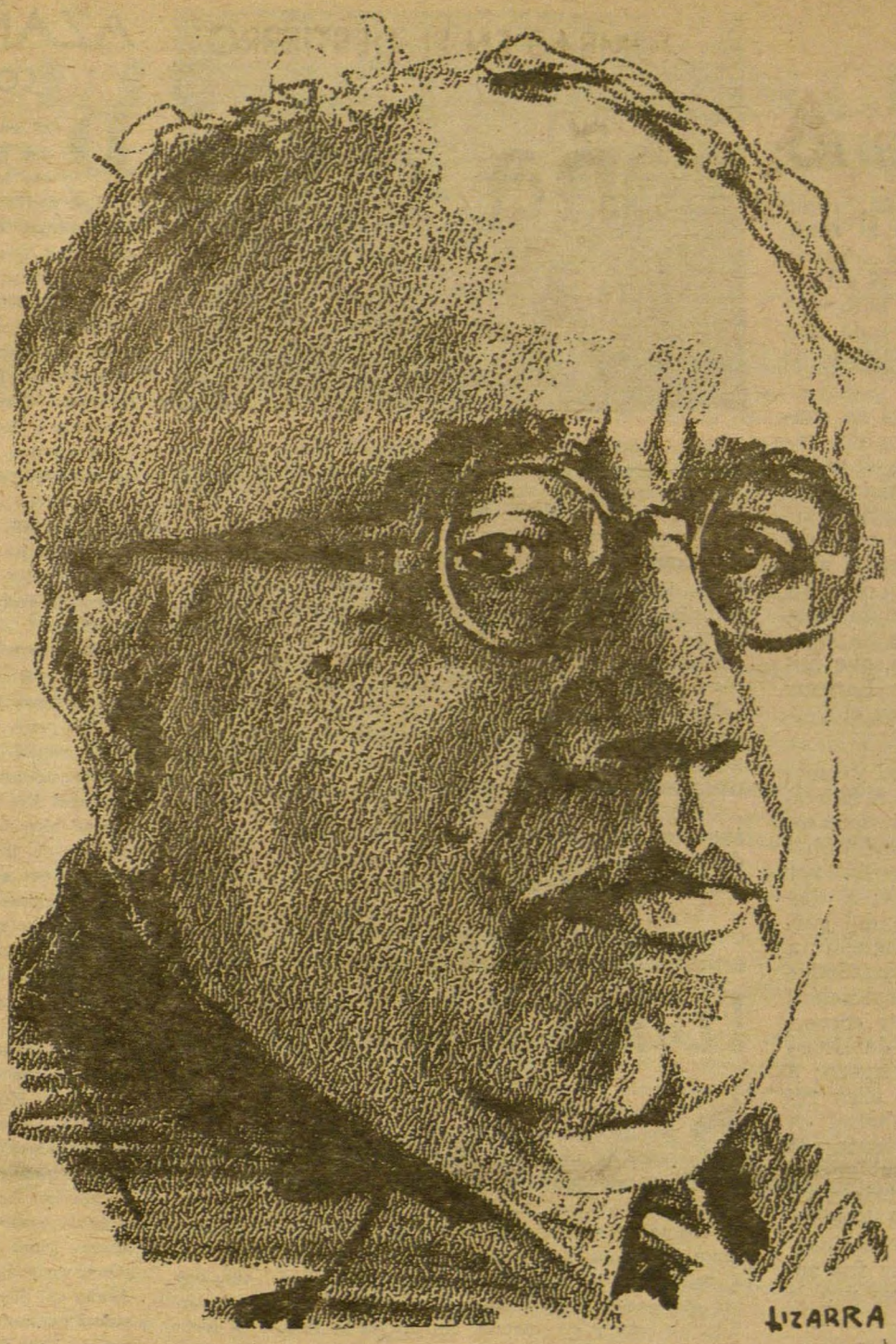
Al cumplirse la primera década de su desaparición, cuando murió y aun antes: en el pináculo de su gloria y en lo más tétrico de su desgracia, cuando, la injusticia se cebaba en él, ya era el primero en su país, y las infamias de sus adversarios se mellaban contra la superioridad probada del hombre que infundía respeto. Hoy su nombre emociona a los republicanos como los enfervorizaba ayer, conmueve las mentes liberales españolas e inspira respeto y miedo a cuantos le combatieron.

Jamás los elogios pueden ser empleados más libres de prejuicios que con este hombre, que todos los merece. En la historia política de España casi no tiene par. Sólo la etapa de Carlos III con Jovellanos, Campomanes, Aranda, puede semejarse a la suya: sólo los hombres de la primera República —Pi y Margall, Salmerón, Castelar... son paralelos a él. Azaña es a la política lo que Cervantes a la literatura: el gran artífice de las concepciones más excelsas de la democracia convertidas al arte de bien gobernar los pueblos. Como en Atenas Pericles, fué el modelador de la nueva España, redimiéndola de la indigencia moral y material en que la sumieron cuatro siglos de dinastías extranjeras.

Así como Cromwel fué el creador de la República inglesa, Bismark el forjador del imperio alemán, Cavur de la unidad italiana y Salmerón, Pi y Castelar los artífices de la primera República española Azaña permanecerá indisolublemente unido a la segunda. Por sus dotes lo merecía todo y todo lo fué, llegando en su apoteosis desde el vilipendio en que intentaron sumirle hasta la cima de la gloria. Nunca político alguno fué tan combatido ni se vió rodeado del fervor popular. "La caricatura de los Cuatro Ginetes del Apocalipsis" acabó con toda posibilidad transacionista el año 30 y marca ya su impronta de polemista temible. Sus numerosas intervenciones parlamentarias convirtieron la cabecera del banco azul en cátedra de gobernantes y hombres de Estado, que nadie alcanzó a disputarle. Mestalla, Baracaldo y el medio millón de ciudadanos aclamándole como nuevo Mesías en el campo de Comillas son los hitos en que se apoya para derribar los falsos artilugios de una vieja política que intenta predominar. Su acerada voz en castellano de la más pura nitidez, al tiempo que vierte las ideas que brotan de su portentoso cerebro flagela a sus adversarios e ilumina a sus partidarios. "Si la República es un pingo, ¿qué tengo yo que ver con ella?"

Un error de muchos, si no de todos, le llevó a la Presidencia, desde la que daba voces en el desierto del mundo: "Después de España irán por vosotros", decía a Francia e Inglaterra, suicidas ante la tragedia de España, que era la suya. No se equivocó. Cinco meses fueron suficientes para confirmar sus profecías. Y "si la República pereciese y España recayera en un despotismo de militares y clérigos se lo deberíamos a esa farsa de Ginebra que nos pareció el escudo de los pueblos débiles, y en último término a las grandes impotencias democráticas, no por rehusarnos el auxilio que nadie les pediría, si no por prohibir el ejercicio de sus derechos más claros a un Gobierno reconocido con quien mantinene amistad oficial. ¡Inicuo! Ya lo pagarán.

ANTONIO REMIS



A Z A Ñ A

OTRA vez Azaña, diran los "cansados" de nuestra emigración que piensan siempre en "el muerto al hoyo y el vivo al bollo". Si, decimos nosotros; Azaña ahora, antes y luego; Azaña siempre, que fué nuestra gran estadista republicano, nuestro Maestro, el forjador máximo de nuestra República. Siempre su recuerdo estará dentro de nosotros; como ejemplo y como conducta.

Mucho se ha escrito y se ha dicho acerca de esta figura preclara de nustros tiempos. Y conforme pasan éstos, más y más se agranda aquélla. Su talento soberano. su elocuencia maciza, su austeridad política, su probidad absoluta, su laboriosidad fecunda, su dialéctica convincente, su ansia creadora sostenida por una inquietud espiritual constante, su buen sentido de castellano cabal, su clarividencia azuzada por la chispa del Genio, su carácter, adusto al primer contacto, pero con un alma bondadosa que se revelaba en seguida, su desdén por lo mediocre y su admiración por lo excelso; su firme voluntad para hacer, con tenacidad y constancia; su exquisita sensibilidad, su amor a su pueblo, su preocupación constante por una Patria mejor, su republicanismo firme y sin desmayos, su propósito persistente de unidad de todos los republicanos. Primero cuando se constituyó Acción Republicana en 1924 para unir a los correligionarios dispersos y separados por rencillas personalistas; luego en "Alianza Republicana" durante la dictadura de los siete años; más tarde en el Comité revolucionario y en el Gobierno; con el discurso del Frontón, con la fundación de Izquierda Republicana por fusión de otros Partidos; con la propulsión del Frente Popular; y finalmente, durante nuestra guerra, con todos los Gobiernos que se constituyeron por entonces. Reconocía que las fuerzas reaccionarias eran todavía poderosas en España y la unión era indispensable para combatirlas; como es ahora.

Mi vida política durante casi veinte años estuvo tan ligada y tan subordinada a la suya; mi afecto y mi admiración a este gran hombre fueron y son tan grandes que su recuerdo perdurará siempre en mí. Con la emoción que no se expresa con palabras, con el dolor de su pérdida que no puede manifestarse, pero que se siente en lo más íntimo del corazón. No podría juzgar al hombre ni a su obra, pero todo ello lo tengo tan conmigo y tan adentro que no cancelará nunca. Y esto no es fetichismo sino reconocimiento devoto al mérito y rendida pleitesía al amigo.

México, D. F., octubre de 1950.

JOSE GIRAL

AZAÑA CERVANTISTA

CADA vez que, en nuestra época, un hombre de Estado se acerca a la gran literatura, hay que echarse a temblar. Chamberlain, a su retorno de Munich, mientras el carrillón de Londres lo saludaba como albacea de la paz, recitó un fragmento de Shakespeare. Poco después, las bombas alemanas de Hitler silenciaban el carrillón. Pero si es temible ver a un estadista metido a literato o a juglar, lo es mucho más ver a un juglar o una literato metido a gobernante, porque la grandeza de la literatura, en sus múltiples formas, estriba, precisamente, en su indecisión. Rara vez una fórmula literaria podrá servir de base para enfocar un problema humano. Pero esto sería lo de menos si las interpretaciones políticas de los literatos y las intepretaciones literarias de los políticos estuviesen influidas por un espíritu de austeridad. ¡Ahí es nada —por ejemplo— lo que se ha dicho y escrito por unos y otros, acerca de Maquiavelo! Para el buen público —que vive más atento a las definiciones gubernamentales que a las eruditas— en la hora de ahora "EL PRINCIPE" es algo así como un libro de cocina en el cual hay recetas para todos los guisos más plebeyos de la política mundial. Felizmente para el republicanismo español, Azaña era literato antes de pensar en la política y su mayor esfuerzo fué olvidar la literatura al ser gobernante. Y aún en sus raros deslices, el carrillón de la ignorancia pública tomó siempre el rábano por las hojas. No hay inconveniente en afirmar que la formación literaria de Azaña —por excepción en el campo de la política moderna— fué un beneficio para el espíritu liberal español. La raíz intelectual de Azaña es netamente cervantina. Ama el alma del idioma y se ajusta a sus reglas más puras. Ahí está el decreto suyo —al cesar en el Gobierno para ocupar la presidencia de la República— en el que se dispone que el Estado imprima una edición de los clásicos, de modo que sirvan de tónico que vitalice el lenguaje usual. En la medida misma en que el idioma castellano se ha ido debilitando se ha debilitado el concepto de la patria. Hay que mirar las cosas de frente. El hecho de que el bárbaro nacionalismo franquista haya podido usurpar y siga usurpando la jerarquía del Estado, no se debe al triunfo de la insurrección militar —con la ayuda nazi-fascista de Hitler y Mussolini— sino a las contradicciones que frenaban y siguen frenando la política republicana. Contra ello, en su oración en la Universidad de Valencia, Azaña, cervantista medular, se alzó; tardía o inútilmente, pero se alzó con estas palabras: "AQUI NO HAY MAS QUE UNA PATRIA: *¡ES-PA-ÑA!* ...cuyas seis letras sonoras". Y al final de su discurso en el Ayuntamiento de Barcelona, donde habló por última vez, hace invocación "a la patria eterna".

La lección más rotunda de Cervantes, es esa: LA PRIMACIA DE LA PATRIA SOBRE LA NACION Y SOBRE EL ESTADO. Lección que se acentúa paso a paso en don Manuel a medida que se acerca al fin de su jornada; lección que resplandece en la pintura del paisaje de la patria dolorida todo a lo largo de las páginas de *"LA VELADA EN BENICARLO"*, el libro maldito, el mejor de Azaña.

México, D. F., 9 de octubre de 1950.

M. MARTIN GALEANO

Azaña, Parlamentario

La revelación de don Manuel Azaña, como gran orador parlamentario, se produjo la tarde memorable del 13 de octubre de 1931, cuando en la Cámara de Diputados se discutía el artículo 26 de la Constitución. Habló Azaña poco más de media hora. Sus palabras fueron cayendo, una a una, sobre la inteligencia y el sentimiento de los que le escuchábamos.

El hombre desconocido de la víspera se convirtió, de súbito, en la primera figura del régimen y, para aclamarle o denostarle, a él se dirigieron las manifestaciones tumultuosas de los partidos. Una gran masa de opinión se sintió enardecida y apasionada, en tanto que los adversarios, sobrecogidos de temor, comenzaron a aborrecerle. Se repetía el fenómeno histórico de 1789, y así como la gran voz de Francia hubo de trasladarse de los labios de Mirabeau a los de Dantón y Robespierre, la gran voz española, que había tenido tan elocuentes intérpretes en Lerroux y Alcalá Zamora, surgió, modernizada, en el verbo sarcástico e implacable de Azaña.

Yo he gozado la maravilla intelectual y emocional de grandes discursos. He oído a Salmerón, majestuoso como un dios; a Moret, que conocía y utilizaba sabiamente los secretos del idioma; a Canalejas, cuya dialéctica, servida por enorme cultura, pasmaba a los oyentes; a don Antonio Maura, artista de la palabra y del gesto; a Melquiades Alvarez, émulo de Castelar; a Lerroux que llegaba, con el más emocionado de los acentos, a las altas cimas de la inspiración; al propio Alcalá Zamora, impecablemente correcto, en cuyo verbo se unían la grandeza de Donoso Cortés y la belleza literaria de Góngora; a muchos más... Pues bien, ninguno de ellos reunió las múltiples cualidades que se dieron en Azaña. Quizás alguno, fuese más elocuente; es posible que otros administraran mejor el gesto; admito, incluso, que Salmerón le aventajara en cultura filosófica, y Canalejas y Alcalá Zamora en cultura jurídica, pero la variedad de las condiciones oratorias y polémicas de Azaña fué superior a la de sus inmediatos antecesores y a la de sus contemporáneos.

¿Existe, acaso, entre los discursos de los grandes oradodes del 900, alguno que iguale en belleza descriptiva al que pronunció Azaña en Valladolid el 14 de noviembre de 1932? ¿Dónde imágenes como éstas?... **"Hace unos meses, pasando yo por los caminos de la provincia de Valladolid una tarde de invierno, vi los surcos infinitos de vuestros campos rizados por la nieve y un horizonte cortado por la bruma y la silueta de un enorme castillo, ya desmoronado, en el horizonte, y unos pobres gañanes que montados a mujeriegas en las mulas, amparándose en el viejo sayal de las mantas, iban a todo el paso vivo de sus cabalgaduras a refugiarse no sé dónde contra el frío y la nevada... Me quedé mirando y me pregunté: Estas gentes, estos gañanes, estos pobres labradores, ¿a dónde van? ¿Van a dar en una ciudad moderna, inundada de luces eléctricas, con grandes establecimientos industriales? ¿O van a parar a una villa militar torreada, cerrada, defendida por estos burdos soldados que vemos dibujados en las iluminaciones de los libros antiguos? Todo podía ser... Era la misma sensación, el mismo campo, el mismo pobre labriego, la misma frialdad del invierno castellano. Y entonces dije para mí: Esta es la tierra eterna, la raza perdurable, que clama por la resurrección de España".**

Pasados que sean los años, cuando al juicio apasionado y sectario de las horas de lucha suceda el sereno y frío del historiador veraz, Azaña quedará definitivamente colocado en el altísimo lugar que le corresponde. Podrá criticarse su obra de gobernante, entremezclada de grandes aciertos y de lamentables errores; su posición personal indecisa ante sucesos donde era obligado anticipar la resolución al discurso; el amor desmedido a la propia opinión, reacia, por lo común, a estimar y valorar la opinión ajena... Todo ello cae dentro del ámbito de la discusión y del juicio imparcial. Someterse al fallo público, que luego se traduce en historia, es obligado y juicioso. Contrariamente lo que escapa a cualquier contradicción, porque constituye una realidad demostrable, por su propio enunciado, es la grandeza intelectual de Azaña. Para llegar a él, o siquiera acercársele, se necesita escalar las más altas cimas del pensamiento. Quizás la razón de su soledad haya que buscarla en su inaccesibilidad. Luchó, trunfó y amó. Su vencimiento es, simplemente, un eclipse. Las horas de la justicia lo devolverán enaltecido.

Sembrar con la palabra, con el esfuerzo constante de la inteligencia, esa fué su tarea. Algún día habrá de recordarla, en letras de oro, el Parlamento de España y España.

DIEGO MARTINEZ BARRIO

Nuestro correligionario don José Ballester Gozalvo dirigiendo la palabra al público en el momento de ser descubierta la lápida en memoria de don Manuel Azaña en la casa donde falleció en Montauban.

FLORES MARCHITAS

SOLO esta podemos ofrecer "inmemoriam" al hombre muerto que pudo haber sido el verdadero salvador de un pueblo decadente que revivía por momentos al conjuro de su verbo y de su inteligencia soberana.

Los tallos enhiestos de Mestalla, Comillas y Baracaldo llenos de vigor y de esperanza que elevaban su corola al infinito de su pensamiento se han tronchado, vencidos por el desamor y la ingratitud, y sus flores se han deshojado, sin color y sin perfume, cuando les ha faltado el rocío de su espíritu. Por ahí andan, juguetes de todos los vientos, descomponiéndose y sin saber dónde posar para acabar sus horas.

No ya desde que nos falta Azaña físicamente, sino desde que almas torcidas, envidiosas de su talento e incapaces de enfrentársele ataron su lengua para que ni en la calle ni en el Parlamento se oyera su voz y escuchara su razón, a España le falta el español más enamorado de su patria; al pueblo su tribuno más sincero y a Izquierda Republicana su más brillante luminar; su mejor guía; su más leal consejero. El solo con su saber y su autoridad constituía todo un programa, una disciplina, un alma colectiva, la refundición de una historia en que se compendiaba lo mejor del republicanismo de todas las épocas y en sus dimensiones más profundas, desde que alumbraron su camino los más ilustres definidores de la idea, los valores más macizos del pensamiento liberal, las figuras más salientes de la democracia española.

De humanos es el equivocarse ,y Azaña pudo cometer errores en el corto período de su mandato, difícil como ninguno, pero él no nació para el oficio de loquero que hoy desempeña Franco con éxito indiscutible.

Loquera sigue siendo España, pero nos la han domado, y si el loco "por la pena es cuerdo", quién sabe si, por lo menos en nuestro campo, no extinguida la pena "todavía", la cordura, tan alejada de nuestro cerebro, les haga recordar a don Manuel y a sus lecciones con la añoranza de mejores días, ya pasados, y con perspectivas de mejor juicio. Locos de atar y sin remedio, al parecer, permanecemos los que de allí salimos sin haber aprendido nada de nuestro pasado tormentoso ni del dramatismo en que se sumerge nuestra vida toda.

Quiera Dios providente que de este lado, en la emigración de los sin ventura, renazca, con el recuerdo del maestro, una nueva flor, lozana y perfumada, flor de cordura, también, y de buen entendimiento, y que de las sombras de Montauban nos venga la inspiración de nuestro mejor amigo y el aliento creador de una España nueva y unida en la Libertad.

Octubre 13 de 1950.

AMBROSIO GARBISU

AZAÑA EN EL AÑO 50

CONFESION DE UN ERROR

DOS años llevaba muerto Manuel Azaña cuando se nos pidió, para la conmemoración de ese segundo aniversario, que escribiésemos unas palabras. Las escribimos y se publicaron.

Quisimos hacerle en ellas el homenaje de olvidar la amistad y que pasase ya, libre de todo contacto, de toda alusión íntima, a la Historia. Algunas de las palabras de tan fría pretensión, fueron éstas:

"Estamos en el momento más difícil: el de la transición: arracándosele a sus afectos —a nuestra afecto—, para unirlo al Tiempo y a España. ¡Pronto, pronto!... No perdamos tiempo. España necesita, al salir de las turbulencias y las tribulaciones, al lavarse de la sangre y del barro en que la han metido, elegir los ejemplos que han de ofrecerse a los hombres nuevos".

Decíamos así en el año 42; que vino, claro está, seguido del 43, del 44; y ya hemos llegado al 50: décimo aniversario de su muerte.

Pues bien ,esa sucesión de fechas, esa cadena de eslabones maltrechos, nos fué dilatando la idea de nuestra equivocación.

Entendemos que era limpio nuestro homenaje; quisimos erguirle sobre el pedestal de piedra ante los tiempos que llegasen...

Ah, pero... en el año 43, en el 44, y hoy más que nunca, aquel Azaña de bronce con que soñábamos, no ha podido permanecer estático en nuestra imaginación. Los eslabones de las fechas no formaron en este decenio, una cadena bien forjada y firme, sino que se unieron en esa maraña de tragedias y confusionismos internacionales que llegaban con su oleaje a las costas del asunto español: como en los lustros anteriores.

Nosotros nos hemos encontrado confundidos ante todo conflicto contemporáneo, a falta de aquella brújula que nos impresionaba por su firme talento. Y hemos pensado en Azaña, sin que nadie alcanzase a saber, naturalmente, como devararía él con su pensar estas terribles marañas.

No. Manuel Azaña no ha sido en nosotros aquella prestigiosa figura que ya nos mostró su ejemplo para el Tiempo y para España. No le han dejado los hechos vivir su ejemplo sereno. Hemos necesitado a Manuel Azaña, latente, todas las mañanas al leer las noticas; todas las noches al pensar en España.

Manuel Azaña no ha sido, en este decenio, ese ejemplo estático, error de nuestra buena fe. Azaña vive en nosotros. ¿Qué diría Azaña? ¿Qué nos aconsejaría Azaña? ¿Qué vería él, ahora mismo, que los demás no vemos?... Azaña es, dentro de nosotros, ante esta maraña de sucesos sucesivos, una viva y constante duda, una incertidumbre que le hace vivir y acompañarnos, todavía, en nuestras horas.

ANTONIORROBLES

ANIVERSARIO

A medida que el tiempo pasa, se acusa con mayor relieve. el daño que para la República Española en el exilio representa la falta de una figura señera como la de don Manuel Azaña.

A los tres lustros escasos de la rebelión neo-militarista que dió al traste con el Régimen de las buenas intenciones más que de las buenas obras, y a través de los acontecimientos mundiales de carácter bélico que hemos padecido al afectarnos directa e indirectamente, estamos convencidos de que el esfuerzo realizado desde 1936 por el pueblo español y sus dirigentes, en defensa de su republicana soberanía, apenas si representaba un veinte por ciento en una escala teórica de factores decisivos de la victoria. El ochenta restante corresponde a los mangoneadores de la política, de la peor contextura renacentista, fué colocando y moviendo sobre el tablero del ajedrez nacionalista más repudiable que vieron los siglos.

Pero dentro de esa numérica distribución que yo señalo simbólicamente, ¿hemos cubierto la totalidad de ese veinte por ciento como era nuestro deber realizar, en favor de la liberación de la República?

Creo sinceramente que no. Y la torpeza de nuestra actuación, fuera del solar hispano, o por lo menos la palpable ineficacía que en estos momentos llega a la inanidad, es atribuible a la falta de un hombre de la categoría mental del Azaña de 1931.

Ahora no tenemos en el campo antifranquista ni uno solo que llegue a los zancajos del gobernante del primer trienio de la Segunda República, cuando aquel asombró al mundo de la Democracia, con las luces de su pensamiento elevado, y la mágic de su palabra sin réplica. Ese es el dolor de los republicanos españoles: la pérdida, en la fecha que tristemente recordamos, del gran amigo y el gran estadista.

ADOLFO VAZQUEZ HUMASQUE

PALABRAS DE 1937

EL DISCURSO DE VALENCIA

DEL discurso de Azaña en Valencia conservo un ejemplar impreso en papel biblia, de la edición que se hizo para ser lanzada por la aviación sobre la zona de España dominada ya por los sediciosos. La hoja lleva el título; S. E. el Presidente de la República, don Manuel Azaña, habla a todos los españoles".

Había hablado Azaña en el Ayuntamiento de Valencia, en una recepción en su honor, organizada precisamente para oírle. Para que le oyeran todos los españoles. Fué el 21 de enero de 1937. Hacía seis meses que la traición y el crimen ensangrentaban el suelo de la patria.

Ahora, cerca de catorce años después, releemos ese discurso. Sus palabras están impresas en tinta negra algo desvaída sobre la blancura del liviano papel. La tinta de imprenta parece resistir menos al tiempo que el verbo, todavía vibrante a través de los años y las leguas. Porque esas palabras parecen hoy esculpidas en granito, imperecederas, cargadas de eternidad.

Han pasado años. Años de innumerables días, de incontables horas, años infinitos, interminables, de guerra y de destierro. Pero el tiempo no ha podido morder la esencia histórica de esas palabras.

Ahora, después de la segunda conflagración mundial, es fácil ver en nuestra guerra el prólogo e iniciación de aquélla. Pero Azaña supo verlo con anticipación, y lo dijo desde los primeros días de la sublevación falangista. Lo repite en su discurso de Valencia. "Hace meses —dice—, por el mes de julio, la primera vez que yo tuve ocasión de dirigirme a la opinión pública después de empezada la rebelión, me permití decir que la guerra que entonces se inauguraba era una nueva guerra de independencia y que además prometía ser el primer acto de una guerra general europea, no declarada entonces todavía. Algunas personas encontraron exagerados los términos de la comparación".

Azaña anunciaba así un peligro para Europa, para el mundo que los gobernantes de otros países no quisieron ver. Su miopía misma los conducía a la guerra. Y era la voz profética del estadista español, dolido por la injusticia internacional, bajo la pesadumbre del drama de su patria, al que se elevaba en un extremo de Europa para gritar la alarma y preservar del peligro. Peligro para el mundo y peligro también para España, sobre el de su propia guerra.

Al releer hoy aquellas palabras de Azaña maravilla su clarividencia. Vemos ahora, convertido ya en pasado un futuro que el político pudo atisbar con su límpida visión, a través de la lejanía de entonces, que hoy hemos dejado ya atrás.

He aquí lo que dice Azaña:

"Estos peligros de guerra, de guerra general, porque nosotros ya tenemos bastante con la nuestra, estos peligros de guerra han podido hacer pensar a muchos que el convertirse la guerra española en una guerra general europea pudiera ser ventajoso, suponiendo que, al calor de los grandes encuentros de los países europeos, la causa española, la justa causa española, que nosotros representamos, saldría a flote con más facilidad. Yo no lo pienso así; el gobierno, tampoco. En primer lugar porque la guerra es siempre una catástrofe y no es lícito buscar la guerra, y, en segundo término, porque la guerra general, si por desventura llegase a estallar, dejaría sumidas las desventuras españolas y la justa causa española debajo de las grandes contiendas que se plantearán al mundo europeo a consecuencia de la contienda militar y correríamos el peligro de que nuestra justa causa, aun ganando la guerra, se resolviese o se ultimase, por razones o motivos o condiciones que no son los que nuestro corazón de españoles y de republicanos apetecen".

Volvamos a leer esas palabras. ¿Han sido pronunciadas acaso ahora, a fines de 1950? No. Fueron pronunciadas hace cerca de catorce años, a principios de 1937.

Contra la República española conspiraba entonces en Europa y fuera de ella, la incapacidad, la falta de visión, la cobardía, el desconcierto de no pocos hombres sobre los cuales el destino había descargado la misión de dirigir el mundo. Pero desde la hoguera misma en que empezaba a arder éste, la voz de Azaña clamaba con patético acento para que el fuego no se propagase. Acaso en pocos momentos de la historia la voz de un estadista ha resonado con tanto vigor profético como la de Azaña en aquella lejana tarde valenciana. Sus palabras fueron como flechas de acero lanzadas sobre el mañana, hecho ya ayer.

Azaña habla al mundo y habla a España, a todos los espñoles. Piensa en el futuro de su patria, del hombre español. Piensa en "aquel momento de paz en que la majestad del pueblo liberado y redimido de la tiranía administre sus destinos con arreglo a la experiencia recibida". No quiere hacer programas políticos ni sociales, pero sí puede decir su sentir, su íntimo sentir personal.

"Pienso en ese día —dice—. No sé cuál será el régimen político español; será el que el pueblo quiera; pero el que quiero yo es un régimen donde los derechos de la conciencia y de la persona humana estén defendidos y consagrados por todo el aparato político del Estado; donde la libertad moral y política del hombre esté asegurada; donde el trabajo recupere en España lo que quiso hacer de él la República española, la única categoría cualificativa del ciudadano español, y donde esté asegurada la libre disposición de los destinos del país por el pueblo español en masa, en su colectividad, en su representación total. Si un día hace falta volver a combatir contra la tiranía, yo diré; ¡Presente!"

Azaña, repetimos, pronuncia esas palabras en Valencia el 21 de enero de 1937. Han de pasar varios años para que, dichas en otra forma, adquieran proporciones universales. Esas palabras de Azaña en Valencia en 1937, anuncian, en efecto, las de Roosevelt en Washington en 1941. Pues en las del estadista español dirigidas a su pueblo están esbozadas las Cuatro Libertades ofrecidas más tarde como ideal al mundo.

Azaña pronunció esas palabras en su patria traicionada, abandonada por las grandes figuras de la democracia. Desde la España ensangrentada, ametrallada por quienes se habían sublevado contra el Estado republicano; desde la tierra nacional cubierta de ruinas y palpitante de dolor ante la indiferencia de los que no quisieron oír a Azaña ni supieron comprenderlo. Nosotros escuchamos esas palabras de Azaña. Y en las largas jornadas del destierro oímos aun su eco, resonante de verdades.

Sobre el papel biblia de la hoja impresa con tinta ya desvaída, la voz profética de Azaña resuena con vibración de metal sobre la roca viva de la historia.

CARLOS ESPLA

EL ENIGMA DE AZAÑA

NO voy a hablar en este X aniversario del fallecimiento del patricio Azaña de ninguna de sus virtudes humanas e intelectuales en las letras y en la política. Azaña fué una figura singular que ha quedado dibujada, por la calentura creadora de la República II, en las páginas de la historia de España. Este grande hombre racial de Castilla, aun siendo tanto, al calificarlo de singular no podemos hacerlo, sin merma de dignidad y de justicia, la aceptación de lo "impar" o "único", sino en la de excelente.

El Presidente de la República asesinada alcanzó talla alta pero no hasta la dimensión que le quedaran a las cejas todos los demás políticos españoles desde la regerencia de María Cristina acá. Volvámosle la espalda a las montañas por donde sale el sol y pongámonos a caminar hacia la cordillera por donde muere, y una vez trasmontadas, bajando las laderas del arco infinito del Tiempo ya pasado, echemos a navegar las pupilas de los ojos por las aguas que, en el valle del más allá, discurren por el río de la ejemplaridad, reverberantes como la luna de un espejo en las que se reflejan, haciéndose retratos inmortales las almas de los grandes hombres.

Aquellas manchas oscuras que se ven allá diseminadas en aquel arenal de desierto, bajo el fuego de ese sol canicular, fantasmas de cadáveres, de bestias en un muladar crematorio, no merecen atención: son los monstruos humanos, ya muertos, que por la ausencia de conciencia y el frenesí de ambición animal subieron hasta sentarse en el trono del soberano de su nación a empuñar el cetro fatídico que les dió la celebridad en la historia: celebridad maldita por las generaciones a causa de la esclavitud, el crimen, la infecundidad y la ruina en que sumieron a sus pueblos.

En las filas ribereñas de estos laureles, no puede faltar Azaña; entre ellos vemos laureles más altos y más frondosos que él, y también de menos estatura y menos lozanía en el ramaje; pero esto en nada empequeñece la sombra del gran repúblico español hacia el que va esta oración en el día del décimo aniversario de su muerte en tierras francesas: mas sí es para sentarnos sobre la roca que oculta su enigma para preguntar:

¿Por qué fué el hombre político, nacido en España, más salvajemente odiado y más feroz combatido por sus enemigos, sin haber sido el más sectario por el contrario de tolerancia de cabal demócrata? ¿Por qué sin que haya sido la cumbre más señera de los gobernantes de España movió océanos de multitudes como ningún otro en el suelo de nuestra patria?

Sombra espectral de dos imágenes es la Azaña: la de satanás para la humanidad negativa de España y la de un mesías para la que, mirando al porvenir, va sembrando la fertilidad.

Para nosotros, la aureola de inmortalidad que lo nimba es su doble personalidad: la de satanás y la de Mesías: su enigma indescifrable de odio y fe.

JOAQUIN ARDERIUS

Manuel Azaña en el Ateneo

Por HONORATO DE CASTRO

EN un artículo sobre "Manuel Azaña Ateneísta", que por falta de espacio no publicamos en este lugar, hemos hecho una breve reseña del espíritu liberal que predominó en el Ateneo Científico Literario y Artístico, que, nacido en 1821, murió en 1823 a manos de Fernando VII. Con esta misma tendencia revive en 1835 el que nosotros hemos conocido y en el que tuvimos la fortuna de conocer y admirar al gran estadista que hace diez años reposa en tierras francesas.

Del precitado artículo que publicará el Suplemento de "El Nacional" compiamos los siguientes párrafos:

Predomina, en lo que Manuel Azaña llamó primera generación del Ateneo, un espíritu romántico y liberal, un espíritu izquierdista, podríamos decir, para ajustarnos a la nomenclatura política de los tiempos presentes.

Las ideas se moderan un tanto durante la segunda generación. Es consecuencia del predominio que en el Ateneo y en la política alcanzó don Antonio Cánovas del Castillo gracias a su gran talento y extraordinaria cultura.

Pero el río vuelve a su cauce en el Ateneo a partir de la catástrofe del 98. Una nueva generación de jóvenes disidentes se revuelve contra la política moderada y enarbola el estandarte que se ha dado en llamar bandera de la generación del 98. Son los momentos en que se incorpora al Ateneo Manuel Azaña. En los primeros tiempos no frecuenta la *Cacharrería* a pesar de los atractivos que tienen las discusiones entabladas acerca de lo divino y de lo humano por hombres de la talla de Echegaray, Dorestes, Maestre (don Tomás), Andrade y otros muchos que hacen gala de su ingenio y su gracejo. Azaña por entonces es asiduo concurrente a la Biblioteca donde pasaba las horas enteras devorando libros hasta que a las once de la noche se incorporaba a una tertulia donde la batuta de las discusiones estaba en manos del Doctor Madrazo.

Aunque don Marcelino Menéndez y Pelayo nos diga, olvidándose del papel desempeñado por la Biblioteca del Ateneo (la mejor de España después de la Nacional), que en aquel Centro no se hacía más que perder el tiempo, lo cierto es que no hay escuela de dialéctica que le supere. Allí aprendió y enseñó Manuel Azaña a discutir con aquella característica peculiar que tantos éxitos le diera de no utilizar hasta el último momento el argumento de mayor fuerza de convicción. Sus continuados triunfos oratorios se deben a esta condición y a la honradez de sus razonamientos. Jamás encontraréis un sofisma en sus discursos. Recuerdo a este propósito el gran vapuleo asestado a Calvo Sotelo cuando se permitió interrumpirle diciendo: "Eso es un sofisma". ¡Lástima grande que el discurso pronunciado en aquella ocasión no haya sido publicado! Fué por el año de 1916, mediada la primera guerra mundial. En la Sección de Ciencias sociales del Ateneo se discutía una memoria que ponía frente a frente la política democrática de los aliados con la brutalmente agresiva de los alemanes. Los germanófilos lanzaron a la discusión sus mejores hombres capitaneados por Calvo Sotelo. Y fué Manuel Azaña quien cerró victoriosamente las discusiones con un discurso en el cual quedó señalada la trayectoria política que siguió después del 14 de abril de 1931.

La labor realizada por Manuel Azaña como Secretario de la Junta de Gobierno del Ateneo fué ingente. Bien sabido es que la marcha de una Sociedad es reflejo fiel de las condiciones de laboriosidad e inteligencia de su Secretario y el trabajo para Manuel Azaña no era maldición ni dolor sino dulcísimo placer.

Pasando por el trance doloroso de expulsar a un conserge distraído y de llamar constantemente la atención de los morosos, sanéa la administración; realiza obras que amplian la capacidad de la Biblioteca y el confort de sus salones; transforma los sótanos en una magnífica sala de exposiciones y una escuela de esgrima; gestiona y obtiene subvenciones cuantiosas para la Biblioteca, las que se aumentan el número y calidad de sus volúmenes, y por último matiza con el influjo personal de sus conversaciones el carácter izquierdista del Ateneo.

Como Presidente nos ha legado el magnífico discurso a que anteriormente hice alusión sobre el tema "Tres generaciones del Ateneo". El retrato que en él nos hace del Madrid de 1900 no tiene paralelo, y sería pueril tratar de comentar o glosar tal discurso donde ni falta ni sobra palabra. Lo que hay que hacer es leerlo y saborearlo a placer.

Tendría que llenar muchas páginas para completar un relato anecdótico de la vida ateneísta de Manuel Azaña, pero no resisto a referirme a un episodio, del que hablé en otra ocasión, pues vale la pena de que sea recordado o conocido porque es una prueba cabal del espíritu justiciero de la honradez de nuestros hombres públicos. Publiqué esta noticia en la Revista "Las Españas" y se refiere a la reivindicación de la memoria de D. Segismundo Moret a quien "El Capitán Verdades" había acusado en el Parlamento de percibir 300.000 pesetas por gestionar la concesión de un título nobiliario. En el Parlamento, D. Gumersindo Azcárate respondió de la honorabilidad del ministro acusado y Manuel Azaña, después de muerto Moret, trajo al Ateneo, tras laboriosísima investigación, una documentación demostrativa de que Moret había liberado la deuda del Ateneo que oscilaba alrededor de un millón de pesetas.

AZAÑA, HITO DE DEMOCRACIA

CUANDO uno se despoja, en lo posible, del lirismo y busca la verdad, no puede ni debe inclinarse a la derecha ni a la izquierda, porque la verdad está en lo profundo y en lo alto de las cosas, en política como en todo.

Cuando se es republicano auténtico no se es de izquierda ni de derecha ni de centro: se es de fondo (de corazón) y de altura (de pensamiento). El verdadero republicano es aquel que tiene no sólo conciencia política, sino, además, ciencia, que es la experiencia ajena, y experiencia personal que es la ciencia propia. No basta, pues, aprender a ser republicano, hay que comprender la República. En una palabra: hay que sentir, conocer y querer la República como la sintió, conoció y quiso el gran repúblico Manuel Azaña.

Para Azaña la República no era "un ideal, en el sentido que el lenguaje vulgar da a esta palabra, como el de un bien remoto, casi inasequible, al cual hay que contentarse con dedicar amatorias endechas de estilo romántico y casi desesperado; para nosotros —dice el propio Azaña— la República es la más terminante y rigurosa expresión de realismo político... el único medio de nacionalizar la política y el gobierno con un valor sustancial y propio... una renovación en las costumbres y en los modos políticos y de gobierno del país... un instrumento de reforma sustancial del Estado y de la sociedad... la manifestación definitiva de la democracia española".

La visión de Azaña huye de la "primera vista", que es "la espontaneidad egoísta del hombre". Azaña observa y analiza poniendo en ello emoción y reflexión, y, así, logra penetrar profundamente hasta las raíces del concepto para elevarse luego a las cimas supremas de la idea y poder decirnos que República es "realismo" político. En efecto, "realismo" es más que "realidad"; es la realidad pasada por el alamabique del pensamiento: pura destilación lógica. Y "realismo" es más que "naturalismo" y que "verismo", cuyo matiz semántico no alcanza el tono vulgar. Si en el "verismo" trabaja la vista, si en el "naturalismo" se conjugan vista y sensibilidad, en el "realismo", en cambio, se unen armónicamente vista, sensibilidad, sentimiento y gracia.

La personalidad política de Azaña es la feliz resultante de un proceso mental de rigurosa exactitud lógica, unido a un carácter de insobornable rectitud ética, que se refleja serenamente en un estilo de noble pulcritud estética, triple virtud humana de la más alta estimación, porque en ella laten, con ritmo acorde, lo verdadero, lo justo y lo bello.

Su nombre ya es símbolo, hito y mito democráticos: *¡Azaña!*

LUIS HUERTA

Personalidades francesas y republicanos españoles en uno de los homenajes dedicados al Presidente Azaña en el lugar donde reposan sus restos.

EL PATRIOTA

SE ha hablado mucho de Azaña como intelectual, como orador, como parlamentario y como gobernante; pero, en mi concepto se ha hablado demasiado poco de Azaña como patriota. Para mí fué ésta su característica fundamental.

Por Patria entiendo yo una comunidad para la realización de los fines humanos en una forma particular. Patriotismo es una modalidad del humanismo. La civilización es una categoría unitaria pero cada país es civilizado a su manera. Es universal en potencia, pero en su realización es esencialmente regional. Ser libre o ser culto a la española lo es tanto como serlo a la inglesa, pero es diferente. Hay identidad de cantidad y diversidad de calidad. Y lo mismo puede decirse de ser libre o culto a la catalana o a la castellana o a la vasca o a la gallega. Cada región ofrece un módulo cultural propio dentro del módulo general español que tiene a su vez su individualidad dentro del módulo cultural universal.

Ser patriota no es adorar el panorama ni las hazañas guerreras del país a que se pertenece: es sentirse uno con el pueblo en cuanto éste es autor y portador de una civilización como características determinadas. Es estar compenetrado con esta forma concreta de realización del humanismo que el pueblo ha formado a través de los tiempos y de la labor de innumerables generaciones, hasta el extremo de no sentirse capaz de ser hombre de otra manera. Cuando se llega a tal estado, el ser o no ser propio se confunde con el de la patria. Por ella se vive y por ella se muere porque sin ella no se es nada.

Azaña había llegado al más alto grado de la cultura y de la civilización en el módulo español y, dentro de él, en el castellano. Creía en el genio de su pueblo como portador de una cultura y precisamente de una cultura una, pero multiforme. Era castellano, pero creía en la Patria grande, hermandad y síntesis de las otras patrias que la forman. En cierto modo fué un continuador de Pi Margall, pero al contrario de éste que fué un analista, Azaña fué el primer español que hizo la síntesis de España. Su genio creó la España-Idea. Me atrevería a decir que si Pi Margall llegó a la España grande por reflexión, Azaña la concibió por inspiración. Pi Margall fué un cerebro, Azaña fué la llama que fundió lo vario en un todo y le dió un alma. Parodiando palabras suyas, Azaña fué el inventor de la verdadera España.

Hasta qué punto estaba Azaña dado en cuerpo y alma a España y, con ella, a su ansia más profunda, la libertad, lo comprendimos sus amigos y discípulos aquella noche de otoño de 1933 en que fué clausurado, con un discurso memorable suyo, la Asamblea Nacional de Acción Republicana. Le habíamos visto y le vimos después derrochando serenidad, pasión, ironía en discursos políticos y parlamentarios. Jamás como aquella vez le vimos en verdadero trance de agonía: las numerosas fotografías que luego se publicaron de su rostro demudado eran escalofriantes. "A veces pienso —vino a decir, pues no tengo a la vista sus palabras exactas— que acabamos de vivir una ilusión; que los dos primeros años de la República han sido una pausa luminosa en la torturada y tambaleante vida de la Patria; que ésta ha vuelto a perder el equilibrio y que la política española va a continuar dando tumbos de cuneta en cuneta hasta dar el volquetazo final". A todos los que supimos entender aquellas palabras y más aún que ellas, el gesto de intenso dolor que las acompañó en el rostro del Maestro, nos causaron una impresión imborrable, la impresión de palabras proféticas que anunciaban el dolor y la muerte de la República y de quien fué su auténtico exponente hasta el extremo de que ella no se comprendía sin él. La República por los errores de unos y la maldad de otros, anduvo en efecto desde entonces dando tumbos hasta que se produjo la catástrofe que llevó a España al decrédito y la miseria y al gran patriota a la tumba. Pero, ¿fué aquel el volquetazo final? El que lo sea o no depende, para mí, de que los españoles, sean o no capaces de aprender por fin las enseñanzas que Azaña nos dejó y de darse como él totalmente y sin reservas a la Patria.

FAUSTINO BALLVE

IN MEMORIAM

HAY medidas varias para apreciar el valor de los hombres. No el valor que significa audacia o acometividad, que esto es valentía; me refiero al valor que es calidad intelectual, moral y de carácter. Esas medidas, más metafóricas que tangibles, se pueden aplicar en general y sirven tanto para el individuo común como para el buen ciudadano, o el hombre de ciencia, o el filósofo, o el artista de calidad; porque en todos estos casos se pueden establecer comparaciones, señalar distancias y determinar límites.

Pero hay tipos humanos ejemplares, o más bien super-ejemplares, que exceden a toda normal medida y rechazan toda comparación inmediata. Como las altas cimas, altivas y solitarias, se hierguen sobre el vasto panorama de llanuras y colinas, de abismos y cantiles, de páramos y lagunas, esos super- ejemplares humanos se destacan desmedidos e inaccesibles al simple cotejo con el ambiente o a la justa definición de sus casos, únicos como únicas son las altas cimas, porque todas son diferentes y todas excesivas a posible comparación con los varios elementos del paronama que presiden. Algo extraño por lo geunino, diferente y apartado de lo que nos es familiar, cohibe nuestra decisión ante la inmediata presencia de uno de esos singulares caracteres. ¿Es sorpresa? ¿es respeto? ¿es alarma? En verdad son raras internas reacciones del ánimo. Indefinibles, pero fuertes; obscuras acaso, pero profundas; un ser nada común, un Ego poderoso está ante nosotros. La mente no lo analizará; más el sentimiento y la sensación lo afirman. Sin género alguno de duda percibimos que se trata de un ser de calidad excelsa, sin ejemplos a mano de esa categoría.

Esa sensación, clara y manifiesta producía la presencia del formidable ejemplar humano que inscribieron en un Registro Civil, en la culta y prestigiosa ciudad complutense, con el nombre de Manuel Azaña Díaz.

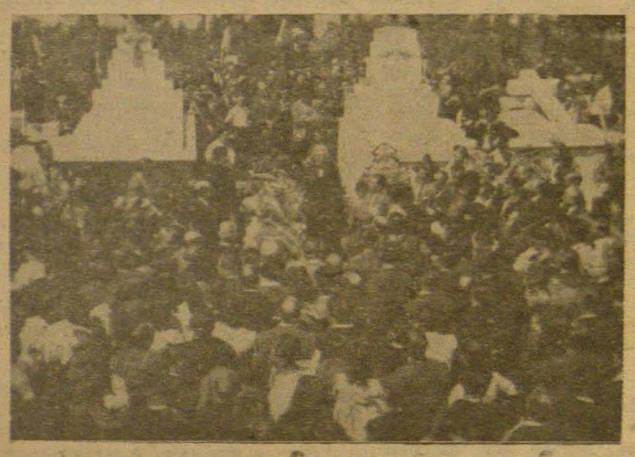
Actuó en el plano que correspondía a su alta jerarquía intelectual; pero fuera de tiempo y de oportunidad; tremenda falta de sincronización entre sus caudalosas capacidades, condiciones y posibilidades y la tormenta aniquiladora de todo orden y firme resultado que se cernía, que al fin se desató y más tarde tomó gigantescas dimensiones planetarias.

El huracán que lo envolvió vino a malograr la suma de talento, de perspicacia, de sutil y clarísima inteligencia que en otros más apacibles tiempos hubiera podido utilizar y aprovechar su Patria. No sin razón dijo el último Borbón en su destierro: "si yo hubiera tenido un Manuel Azaña no me encontraría aquí".

Siempre en elevadas regiones del pensamiento, viviendo la fecunda filosofía de los antepasados, alimentado de los próvidos frutos de la historia, se cernía sobre el área vulgar de la política y de la vida corriente. Instintivamente el pueblo comprendía aquel valor excepcional. ¿Quién como él reunió aquel inmenso gentío de más de medio millón de seres humanos, en el Campo de Comillas de las afueras de Madrid? Aquel mar de cabezas que se desvanecía en la lejanía y la vista no alcanzaba a abarcar. Y lo mismo en Mestalla, en Valencia, y lo mismo en Baracaldo, junto a Bilbao. España, ansiosa de renovación, sonrojada del retraso a que la llevaron reyes y señores feudales, clero zafio e intolerante y casta militar siempre en vías o en realización de pronunciamientos, veía en Azaña a su salvador y lo hubiera sido en más apacibles tiempos; porque él era hombre para la paz y no para la guerra. Hombre excepcionalmente útil para una sociedad humana y pacífica y para un pueblo en marcha hacia su desarrollo normal. Sus cualidades excelsas no concordaban con las reacciones brutales de una casta habituada al dominio en los estratos de apolilladas aristocracias, en regiones que debieron ser preocupaciones espirituales y eran codicia e intolerancia feroz, en el espíritu de clase de militares incultos y soberbios y de poderosos traficantes del bienestar y la riqueza pública. El era superior a todo aquello y no se pudo adaptar ni pudo descender a aquellos niveles. El, tan inteligente y sutil en el mundo superior del pensamiento, estaba desplazado frente a aquel huracán de males infernales... y sucumbió.

En las elevadas regiones, su alma luminosa contemplará dolorida el negro abismo de miseria y dolor en el que han hundido a su Patria los hipócritas proclamadores del demoniaco movimiento, llamado por ellos, ¡oh, sarcasmo!, glorioso movimiento. Su anhelo de resurgimiento y pacificación de la España que tanto amó le impedirán el goce de la paz espiritual a que tiene tanto derecho. Su ejemplo, su amor a la patria dolorida, su rígida honestidad nos conmueven y en esta fecha de aniversario nos hacen lamentar hondamente la desaparición de nuestro mundo de aquel formidable tipo de la raza que fué don Manuel Azaña.

MATEO H BARROSO



Ante la tumba de Azaña, Mr. Xavier Gambus pronuncia una sentida oración fúnebre que es escuchada por grupos de republicanos españoles que van a rendir homenaje al ilustre Presidente fallecido.

DON MANUEL AZAÑA Y LAS REFORMAS MILITARES

Por el Coronel VICENTE GUARNER

I.—EL EJERCITO ANTES DE ESAS REFORMAS

(a).—*Breve esbozo histórico del Ejército Español.*—Puede decirse que hasta el siglo XV, no existió ejército español propiamente dicho. Las "mesnadas" de reyes, nobles y órdenes militares, en el transcurso de la reconquista, pletóricas de aventureros extranjeros, abrumaban con sus feroces extorsiones, a los musulmanes vencidos, que eran mucho más españoles que sus conquistadores. Los Reyes Católicos tuvieron ya "coronelías" de piqueros y arcabuceros, al mando de "maestres", compuestas por 20 compañías, regidas por su capitán (Guardias Viejas de Castilla y Guardias de las Costas de Granada, p. ej.) El "maestre" Zacarías, mandaba su artillería y el gran Pedro Navarro sus ingenieros.

Los famosos "Tercios", la mejor infantería del mundo, siempre mal pagada, vivía sobre el país, en los siglos XVI y XVII, ocasionando las revoluciones contra España en Flandes, Cataluña y Portugal, además de lo cual, se amotinaban esas tropas, con lamentable frecuencia. Bajo los Austrias llegó a la mayor decadencia, aquel valeroso ejército que había llegado a dominar medio mundo.

Felipe V, el primer Borbón, transformó los "Tercios" en regimentos. El ejército de España constaba en esa época de: 120 batallones españoles, italianos, suizos y walones, con una Guardia Real, que duró hasta 1841 en que fué disuelta, cuando poseía ' divisiones con unos 20.000 hombres, por sublevarse contra la Constitución. Carlos III encargó al francmasón Conde de Aranda, la redacción de las famosas "ordenanzas", que hoy recitan en el ejército franquista, sin sospechar su nefando origen. Ese rey fundó excelentes academias de oficiales en Puerto de Sta. María (infantería) Ocaña (caballería) y Segovia (artillería) y los enciclopedistas que le rodeaban reorganizaron el ejército y todas las instituciones españolas.

Durante la guerra de 1808 contra Napoleón, el ejército, otra vez decadente y mal organizado, tuvo que ser eficazmente auxiliado por las "guerrillas" y por el ejército inglés. Wellington, generalísimo "aliado" en España, protestaba de que no hubiera en el ejército español mandos, estado mayor, intendencia, ni nadie que se avorgonzara de tal estado de cosas aunque en 1810 fué por fin constituido el Estado Mayor.

La defectuosa organización militar del ejército español, persistió durante todo el siglo XIX y ello, unido a la sempiterna incomprensión de los oficiales y de los políticos, dió lugar a la pérdida del magnífico imperio colonial de España. Predominaban entonces los liberales entre la oficialidad, que logró en tres guerras civiles, liberar al país del absolutismo carlista retrógrado. Como las guerras civiles las ganaban los liberales, se borraban diferencias y se reconocían los empleos a los vencidos, tratándolos sin saña, no como lo han hecho luego los franquistas.

La desorganización se reflejaba en las cifras de oficiales existentes. En 1840, reinando Isabel II, al terminar la primera guerra civil, existían en España 572 generales, que en los tres años que gobernó Espartero, se aumentaron en 63. Durante los "moderados", hubo 595. La sublevación de Vicálvaro hizo en tres meses, 60 generales más. En 1869 decía Castelar que pagábamos a nuestros 500 y pico de generales inútiles (había unos 600 y solamente 100 tenían destino en activo) el doble del presupuesto de instrucción pública y con el generalato español existente en cualquier momento del siglo XIX, se hubieran podido cubrir con creces todos los mandos de Francia, en el apogeo del imperio napoleónico. Nada pudo remediar a tanta calamidad la efímera y combatidísima República, proclamada en 1873, a la que habían precedido numerosos "pronunciamientos", especialidad de la oficialidad española. erigida, siempre sin motivo, en "salvadora de la Patria". El "republicano" general Pavía, disolvió con un nuevo golpe militar, nada menos que el parlamento de aquella pobre e idealista República, servida por hombres preclaros ,a quienes los españoles no dejaban gobernar, con una demagogia de derechas e izquierdas, que puede calificarse de histérica.

(b).—*El ejército de la monarquía española.*—En 1874 un ilegal pronunciamiento más, del general Martínez Campos, proclamó en Sagunto la monarquía. La calamitosa organización militar española, persistió durante el reinado de Alofnso XII y la Regencia y ocasionó los desastres de Cuba y Filipinas, al final de los cuales existía un "anuario" de 23.000 oficiales, para un ejército permanente de 80.000 soldados. Los oficiales intervenían en política constantemente y, opuestos al movimento autonómico catalán, asaltaron en pleno reinado de Alfonso XIII, en Barcelona y en el año 1906, dos periódicos catalanistas, que se habían atrevido a criticarles. En lugar de imponer castigos, promulgó el gobierno una absurda "Ley de Jurisdicciones", que colocaba en manos militares, los juicios de los delitos, titulados más o menos arbitrariamente "contra la Patria y el Ejército".

La pésima organización y la descomposición moral del ejército de la monarquía, fué puesta de relieve en las guerras africanas, a las cuales jamás fueron enviadas grandes unidades organizadas, ni otras especialmente proyectadas para aquellas guerras, sino escuálidos batallones sueltos, defectuosamente instruidos y equipados. La mala e inmoral administración, el favoritismo de las recompensas, la falta de un criterio militar y político fijos, la incomprensión del problema africano y la vida de ocio a que se habituó en Africa la oficialidad, originaron grandes descalabros y dieron paso a la moral militar que engendró posteriormente la sublevación de 1936 contra la República, que todos los oficiales habían jurado por escrito defender.

(c).—*Las Juntas de Defensa y la dictadura.*—Las Juntas de Defensa, intentaron sanear la putrefacción de las camarillas militares monárquicas, pero el rey, los políticos y los militares cortesanos, fomentaron disensiones y las disolvieron, sin haber llegado a ser comprendidas por los políticos liberales e izquierdistas. Por el desastre de Melilla de 1921, el general Picasso y las Cortes trataron de señalar responsabilidades, pero para salvar al monarca, a las instituciones y a los altos jefes militares comprometidos dió un golpe dictatorial el general Primo de Rivera, que fué quien disolvió las Juntas. No mejoraron las cosas desde el punto de vista militar, pues en Africa prosiguió la orgía guerrera y administrativa, alternándose inexplicables retiradas como la de 1924, con avances como el desembarco de Alhucemas. Para allegar fondos en la península, el dictador concedía a la tropa constantes licencias trimestrales, dejando a los cuerpos sin soldados instruidos, sin armamento y sin material. Para poder formar un batallón destinado a rendir honores había que desploblar de soldados oficinas y servicios. La prolongación de la dictadura y las sublevaciones de la oficialidad de artillería que sostenía un pleito de "escala cerrada" tenían dividida a la oficialidad. Las conspiraciones menudeaban en un ejército que prácticamente no existía. Así las cosas tuvieron lugar en 1931 las elecciones municipales que en el día 14 de abril dieron paso a la República.

II.—EN QUE CONSISTIERON LAS REFORMAS MILITARES DE DON MANUEL AZAÑA?

La República que se había apresurado a declarar con su habitual generosidad legislativa que "renunciaba a la guerra como finalidad política" encomendó la cartera de Guerra a don Manuel Azaña quien se encontró con el cuadro militar que acabamos de trazar y con un ejército que llevaba varios siglos de desorganización. Con una serie de reformas trascendentales trató don Manuel de mejorar y atender al ejército de librarlo de corruptelas y de impedir que la oficialidad continuara con una ilegal preponderancia política. Esas reformas que según los ignorantes habían "triturado" al ejército consistieron en lo siguiente:

(2).—*El Alto Mando y las Capitanías Generales.*—Don Manuel Azaña reorganizó el Ministerio de la Guerra formándolo con una Subsecretaría, dotada de secciones y negociados administrativos y con un Estado Mayor Central dividido en dos agrupaciones (secciones y negociados de: organización, reclutamiento, movilización, doctrina táctica y enseñanza militar, operaciones, defensas, armamento y material, servicos, información, historia cartografía y fotogrametría). Como organismo consultivo tenía el Ministro un Consejo Superior formado por los 3 Inspectores generales del ejército, el jefe del Estado Mayor Central, y el 2º Jefe de este organismo y poseía también un gabinete militar auxiliar.

Los verdaderos virreinatos que eran las Capitanías generales monárquicas, fueron sustituidos por circunscripciones divisionarias sin intervención de sus generales en asuntos políticos ni sociales. Los gobiernos militares de las provincias, fueron sustituidos por comandancias militares de plazas, al igual que los gobiernos de las bases navales y archipiélagos.

(b).—*Las Grandes Unidades, las armas, cuerpos y servicios.*—Las 16 divisiones que antes existían solamente en el papel, fueron reducidas a 8 efectivas, aparte de las tropas de Africa e islas adyacentes. Todo el armazón burocrático militar quedó transformado, suprimiéndose organismos de rancio abolengo, pero de escasa utilidad. Como las divisiones habían quedado reducidas a la mitad, quedó reconcentrado el material existente y esas unidades mejor dotadas. Las plantillas de oficialidad quedaron en consecuencia reducidas, pues el señor Azaña tenía como aspiración formar un ejército pequeño en número, económico, dotado de material moderno y bien instruido, toda vez que la instrucción de la oficialidad y de la tropa, fué sumamente intensificada.

Cada una de las 8 divisiones se componía de 2 brigadas a 2 regimientos de infantería; otra de artillería con 2 regimientos, 1 escuadrón de caballería, 1 batallón de zapadores, 1 grupo de transmisiones, 1 sección de iluminación, 1 escuadrilla de aviación, 1 parque divisionario de municiones, 1 grupo de intendencia, 1id de sanidad y servicios. Existían además 2 brigadas de montaña (4 batallones, 1 regimiento de artillería, 1 compañía de zapadores 1 grupo de transmisiones y servicios c. u.), y una división de caballería a 3 brigadas, con sendos grupos de artillería a caballo.

Como tropas no endivisionadas se formaron: 4 regimientos de caballería; 4 de artillería pesada; 4 de artillería de costa; 2 grupos artilleros contra aeronaves; 1 batallón de pontoneros; 1 regto. de ferrocarriles; otro de aerostación y 3 grupos de información artillera.

La infantera integrada en las grandes unidades anteriores, quedó compuesta por: 39 regimientos; 8 batallones de montaña; 2 regimientos de tanques; 4 batallones de ametralladoras y 1 ciclista. La caballería por 10 regimientos. La artillería por 16 regimientos ligeros, 4 pesados, 4 de costa, 2 grupos antiaéreos, 3 de información y 2 para los archipiélagos. Los ingenieros por 2 regimientos, 8 batallones zapadores, 1 regimiento de transmisiones, 1 de aerostación, 1 de ferrocarriles, 1 grupo de montaña, 1 de alumbrado y 1 batallón de pontoneros. La intedencia se organizó en 4 comandancias y la Sanidad en otras tantas.

(c).—*El Ejército de Africa.*—El señor Azaña dividió el territorio africano en dos circunscripciones guarnecidas por: 7 batallones de cazadores, 2 legiones a 3 banderas del Tercio de Extranjeros, 2 agrupaciones artilleras, 1 comandancia de ingenieros, 2 grupos de aviación y 1 de hidroaviones, 2 comandancias de intendencia y 2 de sanidad. Las tropas indígenas se organizaron en 5 grupos de regulares y 2 "mias" de tropas saharianas.

(d).—*La Aviación Militar.*—La de la península quedó agrupada en 3 escuadras, a 2 ó 3 grupos bajo un organismo directivo formado por: oficina de mando, junta consultiva, comandancia de ingenieros y servicios.

(f).—*El Estado Mayor la Intervención y otros cuerpos suprimidos.*—El cuerpo de E. M. fué declarado a extinguir, sustituyéndolo un servicio prestado por los diplomados de la Escuela Superior de Guerra y lo mismo la Intervención militar, el cuerpo eclesiástico (se declaró voluntaria la asistencia a los actos del culto) y el cuerpo de inválidos.

(g).—*El Servicio Militar Nacional.*—Don Manuel Azaña instituyó 18 años de servicio militar, a partir de los 21 años. El tiempo de servicio activo, quedó reducido a 2 años. Fundó 16 centros encargados de la movilización del ejército y 60 Cajas, para las operaciones del reclutamiento.

(h).—*La Industria y la Administración de Justicia Militares.*— Todas las fábricas de elementos de guerra, se agruparon por don Manuel Azaña, en un consorcio con una administración civil. Con la fábrica de productos químicos y los laboratorios de artillería e ingenieros y el establecimiento central de Intendencia, fué fundado el Laboratorio Central del ejército. En cuanto al ejercicio de la justicia militar, se limitó a los delitos y faltas puramente militares, siendo sustituido el oneroso Consejo Supremo de Guerra y Marina, por una sala militar del Tribunal Supremo de la Nación.

(i).—*La instrucción militar en general y las Escuelas Superiores y Academias para Oficiales.*—La instrucción de la tropa siguió en la forma más estricta, las fases reglamentarias, tendiendo el Ministro a mejorar el acuartelamiento y a fundar hogares-casino para los soldados y clases en todos los cuarteles, además de numerosos campos de deportes y bibliotecas militares. Don Manuel Azaña suprimió desde el primer momento la costosa Academia General que dirigía precisamente el general Franco y que no lograba formar el oficial de conocimientos básicos y únicos, tipo West Point. En su lugar se fundaron dos academias: una para oficiales de infantería, caballería e intendencia y otra para artillería e ingenieros, con 4 años de estudios. La Escuela de Estudios Militares Superiores de la dictadura volvió a transformarse en la Escuela Superior de Guerra, para oficiales de E. M. quedando suprimida la sección industrial. Don Manuel Azaña fundó el Centro Superior de Estudios Militares para que en él siguieran cursos, los coroneles próximos al ascenso al generalato.

(j).—*Cuadros de oficales y clases y Ley de Retiros.*—Don Manuel Azaña se encontró con un escalafón de 258 generales y 21.996 oficiales y lo redujo inmediatamente a 18 generales de división, 65 de brigada, 187 coroneles, 478 tenientes coroneles, 1.269 comandantes, 2.706 capitanes y 3.067 subalternos. Las clases de tropa se redujeron a: 228 subtenientes 701 subayudantes, 1.385 brigadas, 1.663 sargentos 1ros. y 22 clases pilotos de aviación. El nuevo cuerpo auxiliar subalterno del ejército, con personal para todos los servicos, se compuso de 5.427 personas de ambos sexos. Hay que tener en cuenta que los efectivos de tropa para la península se habían limitado a 109.607 soldados, siendo más que suficientes, para ese ejército, los cuadros reducidos de oficialidad.

Con vistas a esta reducción de los escalafones, promulgó don Manuel su generosa ley de retiros y suprimió la escala de reserva de oficiales procedentes de tropa, que no era en realidad de reserva, pues sus componentes servían siempre en activo. El señor Azaña dictó condiciones de servicio en filas para que los oficiales pudieran ascender y anuló los ascensos por elección de la dictadura tan arbitrarios. Por desgracia y por exceso de generosidad, no auuló los ascensos obtenidos por más o menos ficticios méritos de guerra en Africa, que encerraban, salvo muy contadas excepciones, las injusticias de un pacífico turno para los logrados en juicios de votación; de un compadrazgo para los provinentes de expedientes y para los de la dictadura, no habían existido más que el capricho y la arbitrariedad. Los ascendidos así, quedaban "congelados" conservando sus empleos, antigüedad y mandos, hasta la incorporación a su lugar en la escala de los de su promoción. Y este "clán africano" de oficiales de empleos "congelados" en su mayor parte, adversario de las reformas militares y de la República, fué él que dió al traste con las Instituciones Democráticas, que el país se había otorgado legalmente, a pesar de haber dado su palabra de honor por escrito, de defender al régimen.

III.—LAS REFORMAS Y LA SUBLEVACION MILITAR

(a).—*Juicio sobre las reformas.*—Estas constituyeron el mayor de los aciertos de don Manuel Azaña y de la República y aunque pecaron de exceso de generosidad y de buena intención, con un máximo respeto a los conservadores derechos adquiridos, suprimeron radicalmente multitud de organismos tan costosos como inútiles. El ejército y sobre todo los cuadros de oficialidad, quedaron reducidos a sus verdaderas dimensiones, armonizando con los presupuestos generales de la Nación. La organización, el material y la instrucción militar mejoraron considerablemente, pues todos los oficiales sin excepción, se vieron obligados a trabajar constantemente en la resolución de problemas tácticos y técnicos y a asistir con la mayor frecuencia a conferencias profesionales. Las inspecciones, en todas sus escalas, fueron una realidad que no se producía en el ejército español desde hacía siglos.

La conjunción antirrepublicana de lerrouxistas y la C.E.D.A., agrupación política esta última que jamás acató a la República, resultó vencedora por la división de los partidos republicanos y el socialista, en las elecciones de 1934. Ello dió lugar a los sucesos de Asturias y de Cataluña, que fueron reprimidos en la forma más sangrienta, por una oficialidad africana, que anhelaba derrocar al régimen y que quedaran sin efecto unas reformas miltares excelentes, pero que cerraban el paso a sus ambiciones.

(c).—*El golpe de estado contra las reformas miltares y contra la República.*—Después de las elecciones del año 1936 en que triunfaron de nuevo los partidos republicanos, la oficialidad despechada, formó una sociedad secreta titulada Unión Militar Española (U. M. E.), la cual, utilizando un léxico patriotero y unos escritos que reflejaban tanta estulticia como incultura, trataba de soliviantar los ánimos de los demás componentes del ejército y de los reaccionarios civiles de todas clases, con vistas a anular el triunfo electoral con un golpe de estado militar. Frente a ellos, algunos oficiales que se creían en el deber de hacer honor a sus promesas y de defender a las Instituciones Republicanas, habían fundado la Unión Militar Republicana Antifascista (U. M. R. A.), pero resultaron imponentes ante el auxilo exterior, que el fascismo internacional otorgaba a los que iban a sublevarse.

El general Franco formaba parte de la U. M. E., olvidando las protestas de lealtad que, aparte de su promesa por escrito de defender la República, dada en 1931 había formulado ante don Manuel Azaña. al haber dejado la dirección de la Academia Miloitar. El y los otros oficiales que le siguieron en tan deshonroso camino, tienen en su haber la triste gloria de haber dado al traste con unas reformas en el ejército, que trataban de remediar en parte, una desorganización de siglos, y de haber destruido la República, único régimen civilizado y democrático que había podido alcanzar nuestra Patria. Pero la responsabilidad histórica más trascendental que han adquirido, es la de haber aislado completamente a España de los demás países y de haberla arruinado en forma irreparable y para siempre.

IZQUIERDA REPUBLICANA

Director:
CLEMENTE CRUZADO
Secretario de Redacción:
MANUEL IÑIGO
PUBLICACION MENSUAL

OTRA VEZ ESPAÑA ANTE LA ONU

ANTE las próximas reuniones de la ONU, surge esto: ¿Qué va a suceder al plantearse de nuevo el caso de España? ¿Que van a resolver todos esos delegados que con tanto entusiasmo días pasados, aplaudían a T. F. Tsiang, jefe de la delegación nacionalista china, cuando arremetiendo briosamente contra el delegado de la URSS, que había presentado una proposición pidiendo su expulsión, entre otras cosas, dijo: "El mío es el único gobierno legal de China. Legalmente elegido por el pueblo, así como sus poderes legislativo y ejecutivo. Sin la enorme ayuda económica y militar de Rusia, ese gobierno pelele, esos quislins chinos no hubieran podido instalarse en Peipin para tiranizar a un pueblo de 475 millones de habitantes, sin alejarse nunca de la línea de conducta que le es marcada por Moscú".

Los delegados presentes, a excepción de los de los países atrás de la cortina de hierro, y algún otro recogieron estas palabras con estruendosos aplausos. Bien, muy bien señores delegados; así rendisteis un tributo a la justicia y deciais al Mundo, no al mundillo oficial de vuestros respectivos gobiernos sino a ese Mundo democrático que tiene fe en la ONU y que diariamente lee la reseña de lo que allí se debate, que la democracia es la justicia y la paz que tanto anhela el género humano; que aunque se tengan muchas pacas de algodón excedentes y otros artículos que vender, está por encima de estos intereses mezquinos la justicia y la libertad; que la confianza de un pueblo y la de éste con los demás países se gana, cuando la conducta de todos y cada uno de ellos se encamina a perseguir las injusticias, haciendo que prevalezca el derecho. Los pueblos que quieran marchar a la vanguardia de la democracia, los que quieran obtener la confianza de los demás pueblos no tienen otro remedio que seguir el recto camino del derecho.

¡Ah!, pero es el caso, que quizás la mayor parte de esos delegados que con tanta emoción aplaudían al delegado nacionalista chino, cuando llegue a tratarse el caso de España piensen y hasta obren de distinta manera.

Si el gobierno de la República española tuviese asiento, como debía tenerlo en la asamblea de la ONU, también podía decir, como el doctor T. F. Tsiang: Mi gobierno es el único legítimo de España, sus poderes legislativo y ejecutivo fueron elegidos por el pueblo soberano en justas y honorables elecciones. Sin la enorme ayuda económica y militar de Alemania e Italia —efectivos armamentos y cientos de miles de soldados— ese gobierno pelele, esos quislins españoles, no hubieran podido instalarse en Madrid para tiranizar a un pueblo de 28 millones de almas, siguiendo las mismas normas de represión brutal e inhumana que siguieron los regímenes fascistas de Hitler y Mussolini, contra aquellos que no eran sus parditarios.

La situación de los dos gobiernos, el nacionalista chino y el republicano español, es casi idéntica y es así porque de haber alguna diferencia en cuanto al trato justo y democrático que deba darse a estos dos gobiernos, la habría a favor del de la República española. ¿Por qué? Pues porque la España de Franco ha sido aliada de los países del Eje; fué hasta beligerante y su régimen ha sido y es un estado totalitario y policíaco en donde la criminal represión política ha sido llevada con más refinamiento y crueldad que los mismos países del Eje que han horrorizado al Mundo.

Franco, ante los ojos de la ingenuidad norteamericana, explota su rabioso anticomunismo y no desperdicia ocasión para alardear de haber sido el primero en combatir y derrotar a Stalin al acabar —con sus compinches los alemanes e italianos, si no !como!— con la República española. Pero... ¿cuándo? ¿En qué ocasión fué la República española comunista o simplemente simpatizante con los comunistas? La República española era, hasta los comienzos de la llamada guerra civil, el único país europeo que no había reconocido al gobierno de Moscú. Ahora bien, ante la cobarde y vergonzosa actitud de los países que blasonaban de democráticos, que por temor a provocar la ira de Hitler y con ello la guerra, que, ¡oh! gran error, fué inútil, se negaron a venderle armas, no tuvo otro camino más que el de abrirle las puertas a la diplomacia rusa porque este gobierno, no por simpatía, que no podía tenerla puesto que España era el único país de Europa que lo repudiaba, sino por razones económicas y políticas, que no es mi objeto señalar ahora, se ofrecía a enviarle algunos armamentos.

La proporción aproximada de comunistas en la República española, era de 1 a 400, mientras que en Francia es de 1 a 40 y en Italia de 1 a 20 y sin embargo, a ninguno de estos dos países se le considera estado comunista, muy por el contrario, se les asocia como países democráticos en la lucha contra la expansión comunista.

Entre esos delegados ante la ONU que aplaudieron al de la China nacionalista, quizás se encuentre un insigne —así lo leí en la prensa, días pasados— diplomático belga, que con descoco inusitado en un diplomático, mucho más cuando se representa a un país de vieja solera democrática amén de otras tantas estupideces, decía: "La realidad nos aconseja ver los casos de España y Alemania con ojos prácticos. España —por supuesto la de Franco— tiene que ser admitida a los concilios europeos así como hemos admitido a Yugoeslavia, cuyo régimen es también dictatorial". Pero... ¿se puede decir esto sin enrojecerse? ¿Pero es que ya se ha perdido la dignidad? ¿Es que ya no existen los principos? ¿Es que se puede en un momento circunstancial y porque así convenga a nuestros intereses, olvidar toda nuestra tradición para asociarnos a un régimen enemigo hasta ayer y repudiado por las conciencias sanas de todos los países del Mundo? ¿Qué confianza podéis ofrecer a los pueblos si saben que en un mañana más o menos próximo podriáis volverle la espalda por una simple cuestión de intereses o por una situación política de momento? ¿Que va a ser del Mundo, si cada uno de sus países que su bienestar y su tranquilidad penden de que otros países más poderosos adopten esta o aquella postura según convenga a sus numerosos intereses? ¿Dónde están, pues, los derechos del hombre? ¿Dónde la justicia que quiere impartir la organización de las naciones unidas? ¿Dónde están los países que tan cacareadamente quieren guiar a los pueblos hacia el camino de la verdadera democracia?

Si en julio de 1936 todos esos países que hoy se unen para combatir la expansión comunista hubieran ayudado, como era su deber, a la República española, probablemente se hubiera evitado la segunda catástrofe mundial del presente siglo. Y si como era, también, el deber de esos pueblos, al terminar la segunda guerra mundial hubieran acabado con el régimen oprobioso de Franco en España, restableciendo el gobierno republicano que el pueblo había elegido libremente, tendrían, hoy, otro país democrático unido a la lucha anticomunista.

El no tomar las medidas a su tiempo crea estos problemas y lo que es más aún, la actitud que vienen observando las democracias en el caso de España, está fomentando el comunismo en el interior e incubando, en un porvenir cercano, otra guerra civil, más terrible porque son muchos los odios concentrados y porque ahora no habrá alemanes e italianos que la acaben.

Mucha atención, señores delegados. Del espíritu de justicia y libertad que impere en vuestras decisiones depende la vida de la ONU y con ella la paz y seguridad mundiales.

JESUS BERNARDEZ EN MEXICO

Después de permanecer casi dos años en Venezuela, está de nuevo entre nosotros nuestro querido amigo Jesús Bernárdez, que inmediatamente ha causado alta como afiliado a la Agrupación de Izquierda Republicana en México.

La más cordial bienvenida al excelente correligionario.

AVISO Recordamos a nuestros Afiliados que el Correligionario Manuel Arilla, atenderá a todo a aquel que necesite información sobre asuntos de Migración y Naturalización y tramitación de la correspondiente documentación, todos los días laborables, de 4 a 6 en su despacho, Palma Norte 315, despacho 313 y en nuestro local San Juan de Letrán 80, 4o. piso, de 6 a 8.—Honorarios módicos.

DE LA ESPAÑA FRANQUISTA

CAUSA HORROR Y VERGUENZA LA MISERIA EN ESPAÑA

VIGO, octubre.—(AFP).—Refiriéndose a la vigilancia que acaba de ser decretada por las autoridades marítimas en el muelle el diario "Faro de Vigo", en su sección de Temas Locales, pide "una intensa actividad de represión, sobre todo como cuando en dos días coincidieron en puerto hasta un total de cinco buques trasatlánticos".

"Es vergonzoso —escribe el diario— el espectáculo de "abordaje" a pasajeros en tránsito y tripulantes, mendigando desde un pitillo hasta un bollo de pan. Y no lo es menos el de ciertas jóvenes, que también bajan al muelle escandalosamente llamativas, prodigando con exceso esa fama de frivolidad que todos los grandes puertos tienen".

El diario expresa su convicción de que con una vigilancia severa podrá eliminarse el peligro de que "algunos turistas en tránsito, influidos por propagandas ridículas", puedan captar con sus aparatos fotográficos "casos de miseria" puedan presumir en sus países de "haber conocido las necesidades de España".

LOS NUEVOS MILLONARIOS

MADRID, octubre. (AFP).—Los españoles acaban de saberlo por una estadística oficial: actualmente hay en el país 16,500 millonarios. La cifra queda al descubierto con la suma de los capitales parciales que corresponden a la tributación de los que perciben una renta superior a sesenta mil pesetas al año.

Dentro de dicho grupo existen quienes disponen de fortunas inmensas; y por debajo del módulo apuntado conocemos igualmente a otros muchos individuos cuyo capital roza ese atrayente guarismo de seis ceros.

Puede afirmarse, a la vista de los anteriores datos, que cada año nacen a lo ancho del solar hispánico más de mil flamantes millonarios.

En 1944, fecha en que se implantó la contribución sobre la renta —establecida por la República— eran unos tres mil. Compárese la diferencia.

EN RECUERDO DE PABLO IGLESIAS

SE CONMEMORO EL PRIMER CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

EL domingo, día 22 de octubre, celebraron los socialistas un acto en la sala Manuel M. Ponce, del Palacio de Bellas Artes, para conmemorar el primer centenario del nacimiento de Pablo Iglesias, creador y organizador del Partido Socialista Obrero Español. El acto fué amenizado por la Banda de la Cuidad de México, cedida por el Regente, licenciado señor Casas Alemán.

Don Antonio Ramos pronunció un emocionado discurso recordando la figura excelsa de Pablo Iglesias y las luchas y sinsabores que sostuvo a lo largo de su vida, siempre llena de sacrificios, para implantar y hacer triunfar en España las ideas socialistas.

El Presidente de la Juventud Socialista, don Eulalio, Ferrer leyó unas cuartillas del diplomático y escritor mexicano don José Rubén Romero alusivas a la personalidad insigne del gran hombre, y su lectura fué premiada con una gran ovación.

A continuación el señor Amós Ruiz Lecina, en representación de la Agrupación Socialista de México, habló brillantemente resaltando las hermanas caulidades que tuvo Pablo Iglesias y las grandes virtudes del hombre excepcional. Hizo historia de los pasajes más interesantes de su vida y terminó diciendo que el ideal socialista, por razón de las circunstancias, habrá de ser reformado en bien del Partido Socialista y de la clase trabajadora española.

Don Carlos A. Madrazo, en representación de los socialistas mexicanos pronunció una elocuentísima oración y en hermosos párrafos puso de relieve la grandeza del primer hombre del socialismo español, al que considera como el ejemplo más digno de imitarse, por la entereza de su carácter, su honestidad y el amor que siempre tuvo a sus compañeros trabajadores.

Al darse por terminado el acto, su Presidente don Antonio Ramos anunció que se va a hacer una edición de un medallón con la efigie de Pablo Iglesias en el adverso, y en reverso, uno de los motivos del monumento que se le erigió en Madrid. Esta edición coincidirá con el veinticino aniversario de su muerte, que es el día 9 del próximo mes de diciembre.

La sala estuvo rebosante de público y todos los oradores fueron aplaudidos con entusiasmo.

Declamadora Dominicana en México

Recital Poético de Maricusa Ornes Coiscou

Espíritu inquieto y de grandes vuelos, Maricusa Ornes Coiscou, la excelente declamadora domnicana, ha dejado por algún tiempo su patría y ha venido a este gran país de libertad que es México.

Y la gran declamadora, españolista entusiasta, ha dado muy pronto a la emigración republicana española el regalo de su arte en un recital poético el miércoles 11 de los corrientes en el Ateneo Español de México.

Con extraordinaria sencillez natural, la exquisita declamadora hizo gala de su dicción clara, de su dominio absoluto en los ademanes y del sentimiento especial que imprime a la poesía española. Su forma de decir los versos de Alberti, León Felipe, Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca y Antonio Machado, fué hondamente emotiva.

"Tú me quieres blanca", la cálida poesía de Alfonsina Storni, tuvo en Maricusa Ornes soberbia interpretación de voz y de gesto.

LETRAS DE LUTO

FALLECIO DON JUAN ZARZUELA

El pasado mes de septiembre falleció nuestro querido y amigo y correligionario don Juan Zarzuela a consecuencia de una úlcera que venía padeciendo hacia tiempo. Consecuente republicano, don Juan Zarzuela que militó desde su fundación en nuestro Partido, luchó durante la guerra en los puestos de vanguardia y al terminar la contienda se expatrió, prefiriendo vivir en el exilio antes que soportar la tiranía franquista.

Reciban los familiares del amigo desaparecido el más sentido pésame de IZQUIERDA REPUBLICANA.

HA MUERTO LA MADRE DEL PRESIDENTE AGUIRRE

El Presidente del País Vasco, don José Antonio Aguirre, pasa en estos momentos por el trance amargo de haber perdido a su querida madre, la respetable señora doña Bernardina de Lekuba, acaecida recientemente en San Juan de Luz. Al terminar la guerra de España se refugió en Francia, trasladándose después a Bélgica, en donde las bombas alemanas mataron a una de sus hijas. Pasó una temporada en América y cuando terminó la contienda en Europa regresó a Lovaina, residiendo después en San Juan de Luz donde ha encontrado la muerte.

A todos sus familiares, principalmente a su hijo don José Antonio Aguirre envía IZQUIERDA REPUBLICANA el testimonio de su dolor.

IZQUIERDA REPUBLICANA EN MEXICO (ATENEO SALMERON)

Relación de Altas y Bajas durante el mes de octubre de 1950.

Alta:

DON JESUS BERNARDEZ.

Bajas:

DON JUAN ZARZUELA por fallecimiento.

DON FRANCISCO CARRERAS ROURA.

Dña. MANOLITA LUQUE DE CARRERAS.